

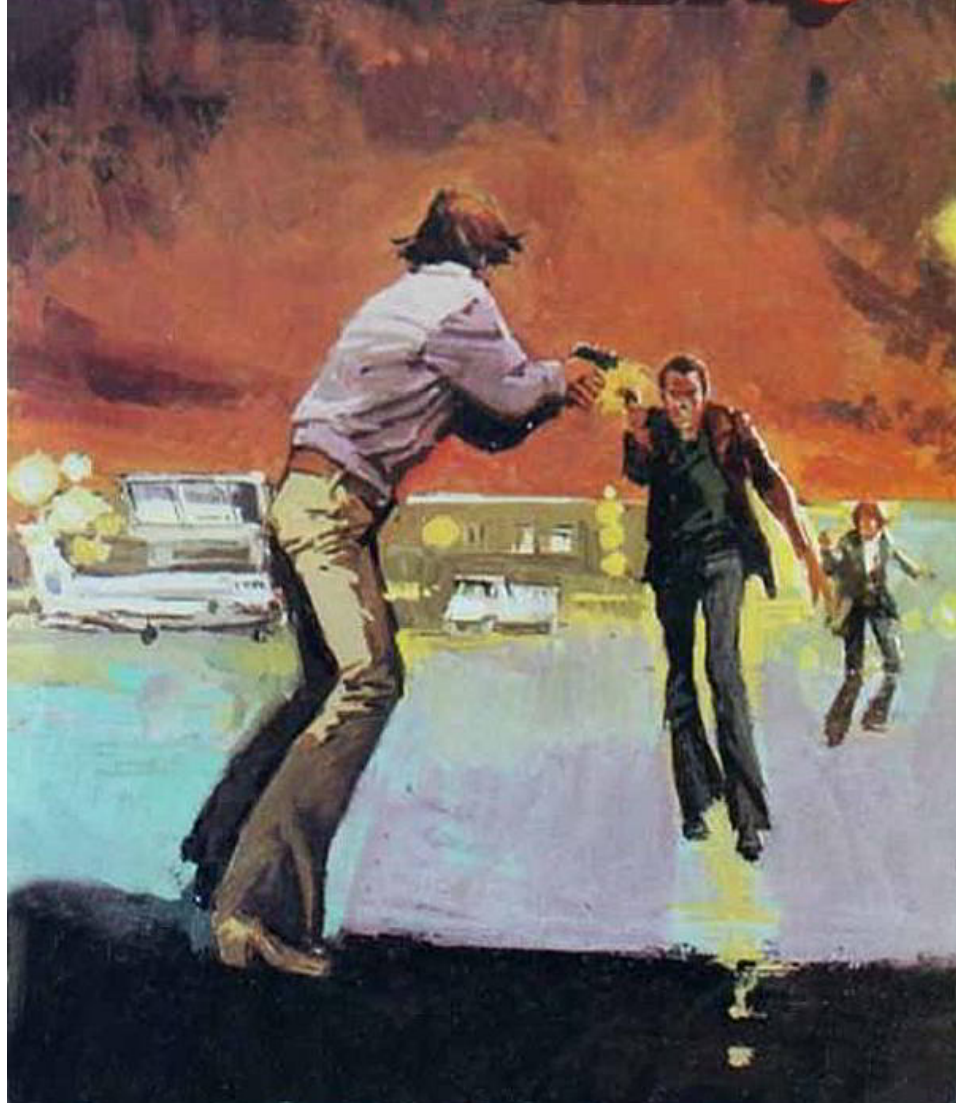
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

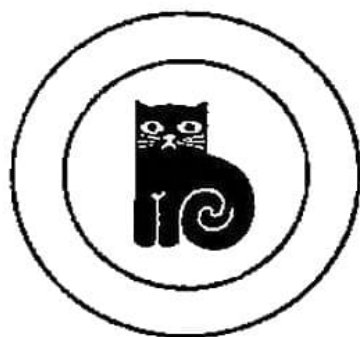
NUESTRO HOMBRE EN TAMPICO

*Adam
Surray*





**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.583 — Asesino a proa.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

878 — El último de los McClure.

En Colección **KANSAS:**

1.234 — Los rebeldes.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.030 — El caso del cadáver secuestrado.

En Colección **COLORADO:**

1.141 — Escrito con sangre.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**

446 — Morir en Kansas.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

552 — Pistolero con niño.

En Colección **CALIFORNIA:**

1.326 — La dama de la montaña.

ADAM SURRAY

NUESTRO HOMBRE EN TAMPICO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1645
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 39.854-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1982

1.ª edición en América: agosto, 1982

© Adam Surray - 1982

texto

Desilo - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

PRÓLOGO

Central Intelligence Agency.

La CIA.

La Empresa...

Son muchos los nombres utilizados para designar a la más poderosa organización de espionaje e inteligencia del mundo.

El cuartel general de la CIA está emplazado en Langley, Virginia, a doce kilómetros de Washington D. C. Sobre ciento cuarenta y cinco acres de terreno arbolado. El gigantesco edificio, rodeado de alambradas y otros sistemas de seguridad, consta de ocho pisos, tres alas adicionales, dos patios interiores y aparcamiento para más de tres mil vehículos. Servicio interior de restaurante, *snack* en cada planta, salas de proyección, salones para conferencias, ascensores, montacargas...

Allen Wellsh Dulles, considerado como fundador de la CIA, solicitó al Congreso un presupuesto de cincuenta y seis millones de dólares para la construcción del cuartel general y, aunque se lo rebajaron en diez millones, realizó una magnífica obra.

El personal de la Central Intelligence Agency es muy variado; no obstante, se puede catalogar en dos importantes grupos. Los «burócratas» y los «negros». Los primeros realizan un espionaje científico tras una mesa escritorio o en los laboratorios. Trabajando sobre la información suministrada, en su mayor parte, por los «negros». Éstos son los clásicos espías de novela de aventuras. Reclutados en universidades, grandes empresas, talleres... Muchos de ellos son simples «contactos» o agentes ocasionales. No les son exigidas pruebas de selección ni los rigurosos exámenes de aptitud que sufren los «burócratas». Tampoco moralidad. Todo lo contrario. En ocasiones la falta de escrúpulos es lo que les hacen aptos para

servir a la CIA.

Los «negros» están por todas partes. No sólo por Iberoamérica. Según últimas estadísticas de la prensa europea, cerca de cuatro mil agentes de la CIA actúan en Italia, quinientos en Portugal, mil quinientos en España, cuatro mil en Francia, ocho mil en la Alemania occidental... Hombres y mujeres. De toda condición y escala social. Embajadores, ministros, periodistas, profesionales liberales... y gentuza.

Los «burócratas» del cuartel general de Langley son también numerosos. Una cifra aproximada a los ocho mil agentes «en nómina». Imposible albergar a todos ellos. De ahí que parte del personal de la Central Intelligence Agency deba instalarse en la antigua sede, en el 2430 de Washington Street, un grupo de casas conocidas como La Colina. A poca distancia del moderno cuartel general.

El presupuesto de la CIA..., no, mejor no mencionar cifras. Las oficiales, las que hablan de unos seis o siete millones de dólares anuales, son ridículas. El poder de La Empresa es imposible de calibrar.

Según palabras del antiguo presidente Ford, la Central Intelligence Agency es necesaria para mantener a los EE. UU. como líder del mundo libre. Evitar que los países se hagan independientes o caigan en las garras del monstruoso socialismo o del no menos diabólico comunismo.

También puede ocurrir que algún país, en su ignorancia, se niegue a la instalación en su territorio de una factoría multinacional USA. Entonces interviene la CIA. Con su peculiar modo de actuar. Iberoamérica es una buena muestra de ello. Y ahora Europa. Ciertamente cualquier turbio asunto acontecido en un país es de inmediato relacionado con los invisibles hilos de la CIA.

¿Fantasía o realidad?

Poco importa.

La Central Intelligence Agency sigue implacable. Ajena a las críticas. Ni tan siquiera pestañeó cuando se le acusó de estar involucrada en el asesinato de Kennedy. No había pruebas de semejante patraña.

La CIA continúa firme.

Velando por el mundo libre. Capitanizada por hombres

inteligentes y una legión de individuos valerosos, leales y astutos. Fieles a los principios redactados en el Acta de Seguridad Nacional, ratificados por el Congreso en el año 1947. Allí se concreta la misión de la Central Intelligence Agency.

«Planificar, evaluar y abastecer el espionaje concerniente a la Seguridad Nacional, y realizar misiones especiales supervisadas por el Congreso de Seguridad Nacional».

Con eso queda todo dicho.

Aunque en ocasiones aún queda lugar para el asombro y el estupor.

Buzz Wallach, uno de los jefes de protocolo y relaciones públicas de la Central Intelligence Agency, contemplaba con ojos incrédulos el papel depositado sobre su mesa escritorio.

Volvió a leerlo.

Estupefacto.

—¿Es cierto esto?

John Livingston secretario y hombre de confianza de Wallach, se permitió una sonrisa.

—Lo es, señor. Me acaba de ser entregado en el Departamento para que se proceda a cumplir la orden.

Buzz Wallach se reclinó en el sillón giratorio.

Cerró momentáneamente los ojos.

Tal vez rememorando el pasado.

Buzz Wallach era un veterano. Uno de los primeros hombres en prestar servicios a la Central Intelligence Agency. Estaba al corriente de muchas misiones llevadas a cabo por los valerosos agentes de la CIA. La intervención en Guatemala para impedir el nacionalizar la United Fruit Company, la construcción del «túnel de Berlín» en 1954, la caída de Trujillo, Lumumba, Allende. Bahía Cochinos... No, esto último mejor no recordarlo. El recalcitrante Fidel Castro era preferible no recordarlo. Los fracasos al olvido.

Buzz Wallach había vivido todo aquello. En muchas de las misiones participó personalmente.

Si.

Era un veterano.

Y ahora...

—Maldita sea... ¿Por qué me han designado a mí? ¡Es humillante!

—Se trata de México, señor —respondió John Livingston, ya sin sonrisa—. Y México es una de las zonas controladas por nuestro departamento.

Buzz Wallach volvió a tomar el papel entre sus manos.

De entre las líneas mecanografiadas destacaba un recuadro en rojo. Allí estaba resumida la orden.

En estas palabras.

«HOMBRE DE LA CIA. COMO GUÍA Y PROTECTOR

ACOMPANARA A LA SEÑORITA MOURIZ»

En el papel, en el margen superior izquierdo, aparecían unas siglas. Una clave que clasificaba a la misión como rutinaria, insignificante...

—¡Ridícula! —exclamó Buzz Wallach, golpeando la mesa con el puño—. Ésta es una orden ridícula. ¿Quién es la tal Lily Mouriz? ¿La amante de alguno de nuestros directores?

Livingston volvió a sonreír.

—Es la hija del doctor Jorge Mouriz. Una de las más importantes fortunas de Iberoamérica, como bien sabe. Llega sola. Para asistir a la boda de una amiga mexicana. Una tal Isabel Ballesteros que contraerá matrimonio en Tampico. La señorita Mouriz pasó una temporada de estudios en la ciudad de México. De ahí su amistad con...

—Está bien, está bien... Océpese de ello, Livingston. Designe a uno de nuestros hombres en México para esa..., misión.

—Ya lo he hecho, señor. Barry Shatner.

—¿Un norteamericano?

—En efecto.

—¿Barry Shatner...? No lo recuerdo.

—No ha tenido ocasión de trabajar para nosotros, señor. Reclutado en la ciudad de Tampico. Tiene allí su domicilio. Hasta ahora ha sido para nosotros como una figura decorativa. Mejor utilizarle a él que a cualquiera de nuestros hombres desplazados por los Estados Unidos Mexicanos. El tal Barry Shatner no me parece gran cosa.

Buzz Wallach asintió.

Con una mueca de malhumor.

—Perfecto. Tampoco es gran cosa la misión que le va a ser encomendada. Así al menos ganará los dólares que generosamente le son enviados. Curse la oportuna orden a nuestro hombre en Tampico.

—Muy bien, señor.

—Livingston...

—¿Sí?

Por primera vez el rostro de Buzz Wallach reflejó el esbozo de una sonrisa.

—Asústele. Diga al tal Barry Shatner que se trata de una misión sumamente peligrosa y arriesgada. Que no dude en proteger con su vida la seguridad de Lily Mouriz.

John Livingston correspondió a la sonrisa.

—No es mala idea, señor. Eso curtirá a Barry Shatner.

Los dos hombres rieron a dúo.

De sospechar lo que iba a ocurrir, hubieran silenciado de inmediato sus risas.

Y por supuesto no hubieran seleccionado al hombre de Tampico.

CAPÍTULO PRIMERO

De entre los Estados Unidos Mexicanos existe uno denominado Tamaulipas, cuya capital es Ciudad Victoria.

Y dentro del estado de Tamaulipas se encuentra la bella ciudad de Tampico. A orillas del golfo de México, en la desembocadura del Panuco. Una zona productora de maíz, azúcar y tabaco. También pesca y ganadería. Otra de las fuentes de riqueza es el puerto de la ciudad. Uno de los más importantes puertos mexicanos. Al puerto de Tampico arriban la mayoría de los barcos procedentes del extranjero.

Los habitantes de Tampico, algo más de los cien mil, viven felices. Unos más que otros, como en todas partes.

El hombre más feliz de Tampico no es ciudadano mexicano, sino súbdito norteamericano.

Su nombre es Barry Shatner.

Sí.

Podía considerarse como el más afortunado de los mortales.

Al menos en aquel momento.

Allí estaba. En una de las terrazas del hotel Trébol.

Sobre una de las tumbonas. Acariciado por el sol, Barry Shatner frisaba en los veintiocho años de edad. Pelo negro y abundante que le caía a mechones sobre la frente. Cejas bien curvadas, ojos grises, nariz perfilada y duras mandíbulas. Complejión atlética. Ahora, con la sola vestimenta de un traje de baño, podía admirarse su musculoso tórax.

—Barry...

Shatner abrió los ojos.

De inmediato los entornó, aunque no deslumbrado por el sol. Posiblemente por la salvaje belleza de Yolanda. Por aquellos labios

carnosos y húmedos que se aproximaban trémulos.

—Buenos días. Yolanda.

—¿Por qué no me has despertado, Barry? —susurró la muchacha, tendiendo sus manos hacia el desnudo tórax masculino —. Te hubiera preparado el desayuno...

—Ya lo ha hecho Silvia.

—Me hubiera gustado hacerlo yo —respondió Yolanda, aproximando aún más sus labios—. Yo lo hago todo mejor que Silvia.

—Seguro. Yolanda. Jamás he dudado de...

Shatner no pudo seguir hablando.

Su boca había quedado aprisionada por aquellos gordezuelos labios.

Unos labios ardientes. También percibió el calor que emanaba del cuero femenino. La sedosa piel de Yolanda quemaba. Toda ella era fuego.

La joven se separó.

Con sensual sonrisa.

—Debo irme, Barry...

—Lo sé.

Yolanda se incorporó encaminándose hacia la puerta de la terraza que comunicaba con la habitación.

Shatner la siguió con la mirada.

Era todo un espectáculo.

Yolanda lucía un deshabillé compuesto por una camisa corta y braguita a juego en transparente tul moteado. Sus opulentos senos pujantes bajo la fina tela. Y el reducido *slip* dejando muy poco para la imaginación. Barry Shatner tragó saliva a la vez que sacudía la cabeza.

Alargó la diestra hacia la mesa próxima a la tumbona. Al atrapar el vaso se percató de que estaba vacío.

Y entonces apareció Silvia.

Portando en una bandeja un refrescante combinado. Como si hubiera leído los pensamientos de Shatner. Se inclinó sobre la mesa depositando la bandeja.

Silvia ya se había vestido. Un favorecedor y juvenil conjunto. La piel de la muchacha, morena y suave, destacaba sobre el níveo vestido. No llevaba sujetador. No lo necesitaba. Sus senos, breves y

erectos, se bamboleaban provocativos a cada movimiento.

—Ahí tienes, mi amor... Hasta luego.

—Adiós. Silvia.

Barry Shatner saboreó el combinado.

A base de zumo de naranja, vodka, marrasquino y jarabe de frambuesa.

Volvió a reclinarsse sobre la tumbona no sin antes llevarse un emboquillado a los labios.

Cerró los ojos.

A los pocos minutos le llegó el ruido de una puerta al cerrarse.

También Yolanda había abandonado la habitación.

Yolanda y Silvia. Las dos bellas hermanas. Las hijas del director del hotel Trébol.

Barry Shatner se fue sumiendo en un placentero sopor. Aún era temprano para levantarse. Las diez a. m.

Sí.

Demasiado temprano para Shatner.

Llevaba tres meses sin trabajo. Hacía exactamente tres meses fue despedido de la

Wilder & Brooks.

Por enfrentarse a los arquitectos de la compañía. Por mostrarse contrario al caduco nivel y la cicatería de la constructora.

Shatner era un buen proyectista. Con ideas nuevas que no eran bien recibidas. De ahí que fuera despedido.

Fue contratado por la

Wilder & Brooks

hacía dos años. Primeramente en la central de Texas. Luego, en condiciones económicas muy ventajosas, se le sugirió trabajar en la sucursal mexicana de Tampico.

Barry Shatner aceptó. Le gustaba México. Amaba México. En México capital habían transcurrido los primeros años de su infancia. Su padre, destinado en México D. F., se casó con una mexicana. Cuando Barry Shatner cumplía los doce años se trasladaron a Texas. Y en Texas fueron enterrados los viejos.

Shatner no olvidó México. Cada año realizaba una o dos escapadas a territorio mexicano. Recordando los viejos tiempos. El idioma no era dificultad para él. Tampoco la tierra. Conocía México como la palma de su mano.

Acogió la idea de instalarse en Tampico y trabajar para la Wilder & Brooks.

Dos años. Y ahora había sido despedido.

Barry Shatner esbozó una sonrisa.

En la

Wilder & Brooks

esperaban que les suplicara.

No ocurrió así.

Barry Shatner tenía ahorros. En aquellos tres meses de despido había realizado planos, proyectos, diseños y decoraciones para particulares y comerciantes que no tenían las avanzadas ideas de Shatner.

Aquel trabajo no estaba tan bien pagado como el sueldo que recibía de la

Wilder & Brooks,

pero Barry Shatner no se inquietaba por ello.

Tenía una segunda fuente de ingresos.

La mente de Shatner retrocedió en el tiempo. No mucho. Apenas dos años. El tiempo que llevaba en Tampico. Fue a las pocas semanas de empezar a trabajar en la

Wilder & Brooks.

En aquella misma habitación del hotel Trébol.

Barry Shatner tenía planeado buscar un apartamento pequeño que le resultara más económico que la *suite* del hotel Trébol, pero ya no fue necesario.

Sí.

A las pocas semanas de llegar a Tampico. Se presentó un individuo. Un tal Eli Jewison, jefe de la CIA en los Estados Unidos Mexicanos. Barry Shatner creyó ser objeto de una broma. Aquel individuo le estaba proponiendo que fuera colaborador de la Central Intelligence Agency. Que entrara a formar parte de la legión de agentes secretos que la CIA tenía repartidos por el mundo. Sin trabajo determinado. Sólo en espera de una hipotética misión que tal vez jamás llegara a realizar. Y a cambio de ello recibiría mil dólares mensuales.

¡Mil dólares mensuales por no hacer nada!

Barry Shatner, aunque suspicaz y sospechando que todo fuera una farsa, aceptó. No había documento alguno de por medio.

Ninguna firma. Sólo una conversación que debía ser secreta.

Y al mes siguiente, recibió mil dólares. Junto con un libro de claves. Todo ello depositado en una caja privada de un banco de Tampico.

Shatner comenzó a lamentar el paso dado.

Aquello iba en serio.

Se había convertido en un agente de la CIA.

Pasaron los meses, mil dólares mensualmente... y así durante dos años.

Barry Shatner podía permitirse muchos lujos. Uno de ellos el no pestañear al ser despedido de la Wilder & Brooks.

Era un hombre feliz.

Durante los primeros meses temió ser reclamado para una misión de la Central Intelligence Agency. Tuvo pesadillas en las que era perseguido por agentes de la KGB, se tragaba rollos de microfilm, era torturado para que confesara los secretos del Pentágono...

Nada de eso había ocurrido.

Barry Shatner había oído hablar de los «Negros» de la CIA. Hombres y mujeres de todo el mundo que recibían un buen sueldo sin realizar nada. Sólo en previsión de que pudiera ocurrir algo.

Shatner alargó la diestra hacia el refrescante combinado.

Sonrió.

¿Qué podía ocurrir de malo en la paradisíaca ciudad de Tampico?

De inmediato iba a recibir respuesta a ello.

Y también la sonrisa se borraría del rostro de Barry Shatner.

* * *

Fue el timbre del teléfono lo que hizo abrir los ojos a Shatner, turbando su placentero reposo.

Se incorporó perezosamente.

Abandonó la terraza pasando al contiguo dormitorio. Sobre la mesa de noche seguía sonando el teléfono.

Tomó el auricular.

—¿Sí?

—Buenos días, señor Shatner...

—Hola. Carlos. —Barry Shatner reconoció la voz del recepcionista del hotel—. ¿Qué ocurre?

—Hay un paquete para usted. Con acuse de recibo. El mensajero espera que le firme el papel de entrega.

Barry Shatner ahogó un bostezo.

—Hazlo tú. Carlos. Tienes mi autorización.

—No puede ser, señor —respondió el recepcionista—. Es un paquete de entrega personal.

—Okay. Dile que suba.

Shatner encendió un cigarrillo.

En el cajón de la mesa de noche tenía algunas monedas y billetes. Apartó un billete de cincuenta pesos.

Pasó a la antesala de la *suite* al oír el timbre.

Era un muchacho el portador del paquete. Un envoltorio de reducidas dimensiones. Del tamaño de un ladrillo.

Firmó el acuse.

No tenía remitente.

Tampoco en el paquete. Únicamente una etiqueta con el nombre de la agencia de repartos.

Barry Shatner tendió el billete que el muchacho hizo desaparecer con pasmosa rapidez.

—Gracias, señor. Buenos días.

Shatner, al retornar al dormitorio empezó a sospechar la astucia del repartidor. El paquete no indicaba la entrega personal. Sólo fue una argucia para recibir la correspondiente propina. Consciente de que los recepcionistas de hotel no soltaban un centavo.

Procedió a abrir el paquete.

Y el contenido hizo palidecer a Barry Shatner.

Un libro.

No es que los libros horrorizaran a Shatner, pero si aquel libro en especial. Unas palabras acudieron en tropel a su memoria. Con toda nitidez. Fueron pronuncia das hacía dos años. Por Eli Jewison, el hombre que dijo ser jefe de la CIA en México.

«Con la primera mensualidad recibirá un libro de claves. Manténgalo en la caja fuerte abierta a su nombre. Me comunicaré con usted mediante un libro. El Tratado de Electrotipia».

Si.

Aquellas fueron las palabras del individuo.

Las recordó casi textualmente.

Barry Shatner tomó el libro entre sus manos. Un tomo de cuatrocientas ochenta y dos páginas. Sin láminas ni dibujos. Letra pequeña. Largas parrafadas. Sin diálogos.

Un libro horrible por todas partes.

La página 133 estaba doblada por una de las esquinas superiores.

Allí empezaba el mensaje que debía descifrar mediante el libro de claves.

Shatner se percató de que estaba sudando. Un sudor frío. También tenía el pulso acelerado. Podía sentir el golpear en sus sienes.

La CIA...

La Central Intelligence Agency le encomendaba una misión.

Después de dos años de silencio, de un mutismo total, establecían contacto con él.

¿Por qué?

¿Para qué?

Barry Shatner acudió al cuarto de baño. Se contempló en el espejo. Aún la palidez continuaba en su rostro.

¿Qué hacía un agente de la Central Intelligence Agency?

Robar planos, espiar... matar.

Shatner no podía negarse a cumplir la orden que le fuera encomendada. No podía negarse después de haber recibido veinticuatro mil dólares en el transcurso de dos años. Veinticuatro mil dólares que había gastado alegremente.

Se introdujo bajo la ducha.

Una prolongada ducha de agua fría.

Poco más tarde, ya algo más calmado, abandonó la habitación con el libro recibido bajo el brazo.

Entregó la llave en recepción.

—Buenos días, señor —saludó Carlos, con maliciosa sonrisa—. ¿Ha descansado bien esta noche?

Barry Shatner no respondió.

Estaba con la mirada fija en un individuo que, acomodado en uno de los sillones de la sala, leía el periódico.

—Carlos...

—Dígame, señor Shatner.

—¿Quién es? —murmuró Barry Shatner, inclinándose sobre el mostrador de recepción—. ¿Quién es el fulano del sillón?

—¿Rodríguez...? El frutero.

Shatner parpadeó.

—¿El frutero?

—Seguro. Le conozco bien —rió Carlos—. Es mi compadre. Está esperando a que el jefe de cocina le pase la nota del pedido. La frutería de mi compadre es una de las mejores de Tampico. ¿Quiere que se lo presente?

—¿Cómo...? Oh, no... Le había confundido con un conocido. Adiós, Carlos.

Barry Shatner se encaminó hacia la salida.

Al pasar frente al individuo, no pudo evitar el dirigirle una inquisitiva mirada. Le había parecido sospechoso. Un hombre en la sala de recepción de un hotel, leyendo un periódico... ¿Por qué no podía ser un espía? Un agente enemigo que...

Shatner, al abandonar el edificio, respiró con fuerza.

Sonrió.

Mentalmente se prometió tranquilizar los nervios.

Acudió al banco donde la CIA, al enviarle la primera mensualidad, abrió una caja fuerte privada. En ella estaba el libro de claves.

Barry Shatner ni tan siquiera había tocado aquel libro.

Ahora iba a tener ocasión de practicarlo.

CAPÍTULO II

El día era luminoso.

De un radiante sol que originaba dorados destellos en las aguas.

Fue impresionante la llegada del *Esmeralda*, con sus cientos de turistas a bordo. Recibidos con gran bullicio en el puerto de Tampico.

Aunque no todos compartían aquel jolgorio.

Barry Shatner uno de ellos.

Rostro inexpresivo. Con los ojos ocultos tras unas gatas oscuras. No por efectos del sol, sino para disimular los resultados de una mala noche. Había dormido muy poco. Poco y mal. En esta ocasión. Yolanda y Silvia no eran las culpables.

Todo empezó a ir mal desde el día de ayer.

Cuando recibió aquel maldito paquete.

Después de salir del barco, acudió a la Biblioteca Pública de Tampico. Un lugar tranquilo para trabajar en descifrar el mensaje. Tres horas. Tres horas le llevó el redactar el mensaje cifrado. La misión encomendada.

Barry Shatner, al salir de la biblioteca, no almorzó.

Apenas cenó.

Y su sueño fue plagado de pesadillas.

Shatner en la sala de equipajes y aduanas del puerto, deambulaba de un lado a otro en espera de la aparición de los pasajeros del *Esmeralda*.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Su mente rememoraba una y otra vez, el mensaje descifrado el día anterior.

Una extraña misión.

Acompañar a una tal Lily Mouriz durante su estancia en los

Estados Unidos Mexicanos. Desde su llegada en el *Esmeralda* a Tampico hasta el momento en que dejara tierra mexicana. Protegiéndola de todo peligro. Defendiéndola con su vida si fuera necesario.

Eso era todo.

Ninguna explicación.

¿Quién era Lily Mouriz? ¿Cómo reconocerla? ¿De qué y contra quién debía de protegerla...?

Eran muchas las preguntas que atormentaban a Barry Shatner. De buen grado se hubiera puesto en contacto con Eli Jewison, el jefe de la CIA en México; pero... ¿cómo localizarle?

Los primeros pasajeros del *Esmeralda* hicieron su aparición en la sala de aduanas.

Barry Shatner se despojó de las gafas.

Mantenía la mirada fija en uno de los empleados del control de Tarjetas de Turista. Le había soltado un billete de quinientos pesos para que le indicara quién era Lily Mouriz.

El local comenzó a invadirse de público.

Y Barry Shatner empezó a maldecir entre dientes.

Si al menos le hubieran entregado dentro del Tratado de Electrotipia una fotografía de la tal Lily Mouriz, una descripción de ella, una contraseña, algo para identificarla...

El empleado de la aduana le hizo una seña.

Shatner siguió con la mirada la indicación del individuo.

Estaba señalando a una pareja. Una pareja que se besaba apasionadamente junto a uno de los mostradores de información. La mujer mucho más joven que el hombre. Éste contaba unos cuarenta años de edad. Y ella...

Joven.

Muy joven.

La mujer se separó del individuo riendo en cantarina carcajada. Se despidió de él agitando su mano derecha para, seguidamente, retirar del mostrador una valija y un bolso de mano.

Barry Shatner se aproximó algo perplejo.

La muchacha no tendría más de veinte años. Bella como una diosa del Olimpo. Una sedosa mata de negro pelo enmarcaba su rostro de perfecto óvalo. Un negro a juego con el ágata de sus ojos. La nariz ligeramente respingona. Los labios de suave y tentadora

curva. Un cuello frágil entroncaba con un cuerpo sinuoso.

Vestía una minifalda y minipull en hilo de algodón lurex de oro. Una franja de su cintura quedaba al descubierto mostrando la morena piel. Los erectos senos trémulos bajo el minipull. La corta falda modelando la pronunciada curva de las caderas. Mostrando con generosidad las piernas de largos y esbeltos muslos. Zapatos de fantasía completaban tan original y atrevido conjunto.

Shatner y la joven enfrentaron sus miradas.

Y fue ella la que acudió a su encuentro con desenfado.

—Hola... ¿Eres tú mi guardaespaldas? Espera... Shatner... Barry Shatner, ¿no es eso?

—Sí...

—¿Puedo ver tu credencial?

—¿Mi...? Bueno, yo... Aquí tengo mi permiso de conducir. — Shatner extrajo la billetera del bolsillo interior de la chaqueta—. Y la célula de identificación.

La muchacha hizo un mohín.

—¿No puedes enseñarme tu distintivo de agente del FBI? ¿O eres del Servicio Secreto?

Barry Shatner tragó saliva a la vez que miraba nerviosamente de izquierda a derecha.

—No... no es prudente decir esas cosas en público ni...

—¡Oh, claro...! Disculpa. ¿Quieres tomar mi valija?

—¿Dónde está el resto del equipaje?

—No lo hay —rió la joven—. Me molesta viajar muy cargada. Llego a una ciudad y compro lo que necesito. Es más cómodo.

—Su pasaporte y tarjeta de turista —dijo el empleado de control aproximándose al mostrador para entregar los documentos—. Bienvenida a Tampico y feliz estancia en México.

—Gracias.

Barry Shatner se adelantó al ademán de la muchacha.

Fue él quien tomó los documentos, examinando mi nudosamente el pasaporte. Era lo que tenía que haber hecho desde un principio. Asegurarse de que en verdad estaba hablando con Lily Mouriz.

—¿Qué te ocurre? ¿No me conocías? ¿No te proporcionaron una fotografía mía?

Shatner forzó una sonrisa a la vez que devolvía los documentos a la joven.

—Por supuesto que sí. Incluso he visto una película.

—¿De veras? ¿No sería una porno que filmé con un grupo de amigos?

Barry Shatner contempló fijamente a la muchacha.

En su bello rostro, se dibujó una divertida sonrisa.

Imposible adivinar si hablaba en broma o no.

Shatner recogió la valija.

Se encaminaron hacia una de las puertas de salida.

—¡Lily...! ¡Lily...!

La muchacha ladeó la cabeza.

También Shatner.

Contemplaron a una joven correr hacia ellos. De edad aproximada a la de Lily. Tan bella, aunque de cuerpo más exuberante y formado.

—¡Isabel...!

Las dos muchachas intercambiaron besos en las mejillas.

Luego se contemplaron.

—¡Discúlpame, Lily...! Quise estar al pie del barco para recibirte, pero me fue imposible. Estoy loca con los preparativos de la boda. Se te ve muy linda, Lily.

—También tú lo estás, querida.

—Celebro tu presencia.

—Por nada del mundo me hubiera perdido tu boda con Pedro.

—¡Oh, Lily...!

Volvieron a besarse.

Los ojos de Isabel se posaron por primera vez en Shatner.

Unos ojos oscuros de intenso brillo.

—Es Barry Shatner —dijo Lily, sonriente—. Un viejo amigo que me acompaña.

—Está también invitado a mi boda, Barry. Los amigos de Lily lo son míos. Tengo ahí mi auto. Iremos a mi casa y...

—He hecho reserva en el Gran Hotel, Isabel.

—Pero... ¡Oh, Lily...! ¿Por qué? Sabes que siempre eres bien recibida en casa. ¿Por qué no anulas esa reserva?

—No insistas, querida. Me consta que, en vísperas de tu boda, estarás muy ocupada y con la casa repleta de familiares. Ya me he decidido por el Gran Hotel y mi padre quedó en telefonarme esta noche.

—Bien, entonces... ¿hasta mañana?

—Hasta mañana, Isabel.

Volvieron a besarse.

Isabel se alejó hacia una de las puertas de salida. Llevaba un vestido muy ceñido. Marcando provocativamente sus opulentas curvas. Con un ondulante oscilar de caderas.

Lily ahogó un suspiro.

—No ha cambiado. Isabel sigue vistiendo como una vulgar ramera.

Barry Shatner parpadeó sorprendido por el comentario de la muchacha.

—No es correcto hablar así de una amiga.

—¿Amiga? ¿Amiga Isabel Ballesteros? —rió Lily—. No digas tonterías. Isabel me odia. Precisamente por eso me he molestado en acudir a su boda. Para verla rumiar su odio. ¿Nos vamos ya?

Barry Shatner, perplejo y estupefacto, asintió.

Sin comprender nada de todo aquello.

* * *

Habitaciones números 503 y 504.

Dos *suites* contiguas en la quinta planta del moderno Gran Hotel de Tampico. El mejor establecimiento hotelero de la ciudad.

—Voy a tomar un baño y luego iré de compras —dijo Lily, abriendo la valija depositada sobre la cama—. Tengo que comprar un bonito vestido para la boda de Isabel.

—Lily...

—¿Sí?

Shatner succionó nerviosamente el cigarrillo.

—Yo... quiero hablar contigo. Tengo que hacerte algunas preguntas importantes.

—Después del baño, ¿okay? Echa una mirada al carro-bar. Me iría bien un *whisky* con soda.

La muchacha se introdujo en el cuarto de baño.

Barry Shatner se precipitó hacia la valija procediendo a examinar su contenido. Sin buscar nada en concreto. Sólo algún indicio. Algún dato. Algo que le hiciera comprender qué clase de misión iba a desempeñar. Lily podía ser un enlace. Tal vez ella

llevara en su poder documentos importantes que entregar. De ahí que le fuera encomendado protegerla.

Nada en la valija.

Un par de vestidos, unos zapatos, juego de *pantys*, ropa interior...

Barry Shatner pasó al bolso de mano.

Nada de interés.

Cremas de belleza, frascos, pastillas antibaby, objetos personales...

Shatner acudió al carro-bar.

También a él le iría bien un trago de *whisky*.

Se acomodó en uno de los sillones que adornaban la espaciosa habitación. Con un vaso de *whisky* en la diestra y un cigarrillo humeando en la zurda.

Se abrió la puerta del cuarto de baño.

Y Shatner respingó en el sillón.

Lily había protegido sus negros cabellos con un gorro de baño.

Aquel gorro era su única vestimenta.

No llevaba nada más.

Con una total indiferencia a la presencia de Shatner, acudió hacia la valija para sacar un kimono que se ajustó, anudándolo a la cimbreante cintura.

Acto seguido se sentó frente a Shatner.

Sonriendo candorosamente.

Ajena a la vidriosa mirada de Barry Shatner. Éste posaba sus ojos en los mórbidos muslos mostrados con generosidad, en el profundo escote del kimono que al menor movimiento dejaba al descubierto los erguidos senos femeninos.

Lily alargó la mano para coger su *whisky* con soda.

Y Shatner tuvo que cerrar los ojos.

—Bueno. Barry... ¿De qué quieres hablarme?

Shatner vació su vaso de *whisky*.

De un solo trago.

Carraspeó.

—Tengo mucho que preguntarte, Lily... Yo... yo... ¿Por qué creías que era agente del FBI o del Servicio Secreto?

—¿Acaso no lo eres?

—Soy... soy agente de la CIA —dijo Shatner casi sin voz.

—No te avergüences, Barry. Ciertamente es lo más sucio que puede ser un hombre, pero todos tenemos derecho a ganarnos los garbanzos de una manera u otra.

Shatner quedó con la boca entreabierta.

Reaccionó.

—¿Qué tienes contra la CIA?

—No me gusta. Eso es todo.

—¡Maldita sea...! ¿Entonces qué hago yo aquí?

Lily sonrió.

—No te enfades. Barry. Pareces un buen muchacho, pero reconoce conmigo que la Central Intelligence Agency tiene muy mala prensa. No sólo en mi país. En todo el mundo.

—Voy a hacerte una pregunta idiota. Lily. ¿Quién eres tú? ¿Qué haces en México?

—Soy Lily Mouriz y estoy aquí para asistir a la boda de Isabel Ballesteros con Pedro Torrellas. Luego pasaré unos días en la capital de México para realizar unos estudios sobre el Museo de Arte Moderno de Chapultepec. Eso es todo.

—¿Contra quién debo protegerte?

—¿Protegerme?

—Ésa es mi misión. Lily. Impedir que nadie te haga daño. Defenderte contra los enemigos que...

La muchacha hizo sonar alegremente los cascabeles de su garganta.

—Apuesto a que mi padre ha exagerado.

—¿Tu padre? ¿Quién es?

Lily entornó sus bellos ojos.

Dirigiendo una suspicaz mirada a Shatner.

—Oye, tú... ¿te burlas de mí?

—Juro que no, Lily. He recibido la escueta misión de protegerte. Y quiero saber algo más.

—Mi padre es el doctor Jorge Mouriz. Una de las mayores fortunas de Iberoamérica. Y también candidato a la presidencia de mi país en las elecciones que se celebrarán dentro de unos días. Ahora mismo están en plena campaña electoral. Mi padre mantiene muy buenas relaciones con Washington. Tiene amigos personales y...

—Comprendo. Tu padre será el nuevo presidente y la CIA quiere

proteger a la hija del...

—Te equivocas. Mi padre no ganará las elecciones. Arturo Alcántara le supera en infinidad de votos. Son tres los candidatos. Arturo Alcántara, Jorge Mouriz y Oscar Losada. Por este orden en popularidad de votos. Y con mucha diferencia entre ellos. Mi padre supera a Losada, pero también es ampliamente superado por Alcántara.

—Entonces no comprendo...

—Es muy sencillo. Barry. Soy hija única. Hija única de un hombre forrado de dólares. Mi padre tiene amigos personales en diferentes departamentos del gobierno USA. Llamó a uno de ellos para que fuera designado un guardaespaldas que me acompañara durante mi estancia en México. Yo quise negarme a ese absurdo, pero entonces mi padre me negaba el desplazamiento. Terminé por aceptar llevar carabina.

—¿Por qué no un detective privado contratado personalmente por tu padre?

Lily se encogió de hombros.

Despreocupadamente.

—Mi padre es un ingenuo. Confía más en los expertos norteamericanos. Es tal su ignorancia e ingenuidad que incluso confía en la CIA.

Shatner quedó en silencio.

Se sirvió otro *whisky*.

—¿Satisfecha tu curiosidad, Barry?

—¿Cómo...? Ah, sí...

—Es ridículo que tus superiores no te hayan informado mejor de la misión. Sospecho que eres un agente de cuarta o quinta categoría.

—Debe haber algo más, Lily. Tal vez temes que alguien actúe contra ti. Por eso tu padre...

—Tonterías.

—Yo estaré alerta. Lily. La orden recibida mencionaba veladamente peligros que yo debo afrontar. Por cierto... ¿Quién era el individuo del puerto? El que despediste tan fogosamente.

—Le conocí durante el trayecto. Viajaba con su prometida. Una mujer vanidosa y estúpida. Me prometí conquistar a su flamante prometido... y lo conseguí.

—¿Por qué? —Parpadeó Shatner—. ¿Con qué objeto?

Lily volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Igual me ocurrió con Isabel. Ambas estudiábamos en la Universidad de México. Isabel tenía fama de seductora irresistible. Todos los muchachos suspiraban por ella. En especial Pedro Torrellas, hijo de un importante naviero. Un buen partido para Isabel. Yo conquisté a Pedro. Simplemente por fastidiar a Isabel. Luego, al retirarme yo a mi país, Pedro volvió a Isabel; pero apuesto que sigue enamorado de mí.

—¿Y... piensas asistir a la boda?

—Ya te lo he dicho, Barry. Sólo por ver palidecer a Isabel.

—¿No será por el tal Pedro Torrellas?

—¿Pedro? Es un pelele. No me interesa en absoluto. Me gustan los hombres de carácter. Los hombres... como tú.

Shatner se atragantó al beber el *whisky*.

Apartó de inmediato la mirada de Lily.

—Vístete, Lily. Te espero en la habitación contigua.

—En tu habitación, Barry.

—¿Mi habitación?

—Seguro. No olvides las instrucciones recibidas. No debes separarte de mí ni un solo instante. Ni durante el día... ni durante la noche.

Shatner sonrió.

Con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—También yo quiero recordarte algo. Soy un agente de la CIA. Un hombre experto. —Shatner hinchó el pecho—. ¿Crees que también voy a ser un juguete para ti?

—¿No quieres serlo, Barry?

La sensual voz de la muchacha hizo estremecer a Shatner.

No respondió.

Pasó a la habitación contigua.

Barry Shatner empezaba a sospechar que lo más peligroso de la misión era precisamente la mismísima Lily.

CAPÍTULO III

Habían almorzado en el restaurante del Gran Hotel Tampico.

Luego pasaron a uno de los coquetones salones sociales del establecimiento para degustar el café.

Lily se reclinó en el sofá cerrando los ojos.

Barry Shatner aprovechó para contemplarla por enésima vez. Aquella muchacha le desconcertaba.

—¿Te gusto, Barry? —inquirió la joven, sin abrir los ojos. Sospechando que estaba siendo observada.

Shatner sonrió.

—Eres muy vanidosa.

La muchacha lucía ahora un juvenil vestido camisero en algodón estampado. Muy favorecedor.

—Con eso no respondes a mi pregunta, Barry.

—No quiero responder a tu pregunta. —Shatner vació la copa de *brandy*—. ¿Nos vamos? Tengo que pasar por mi hotel para retirar algunas cosas. No había pensado en dormir contigo.

—¿Vas a dormir conmigo, Barry?

—Quiero decir que... ¡Maldita sea...! Tú ya entiendes lo que quiero decir.

Lily rió divertida.

Abandonaron el salón.

La muchacha se colgó del brazo de Shatner.

—¿Cómo es que vives en un hotel, Barry? ¿No es Tampico tu domicilio habitual?

—Lo es. Y prefiero vivir en un hotel. Es más cómodo para mí. No tengo que hacer la colada ni prepararme el desayuno.

—Eso significa que eres soltero.

—Seguro.

El auto de Barry Shatner era un Ford Mustang con ya varios años de circulación. Se acomodaron en el interior del vehículo.

—No tienes necesidad de recoger tus cosas del hotel, Barry. Puedes comprar lo que necesites. Yo corro con todos los gastos. Ya te lo han dicho, ¿no?

Shatner quedó pensativo.

Ciertamente no había pensado en ello.

¿Quién iba a pagar todos los gastos extra? La CIA no había enviado un solo centavo para el desempeño de la misión.

—No... no me han dicho nada...

—Mi padre me ha proporcionado diferentes talones para bancos mexicanos y cheques de viaje. Eso sin contar con mis tarjetas de crédito. Yo debo pagar todo Desplazamientos, hoteles, manutención... diversiones. Es lógico.

—No me gusta.

—¡Ah, comprendo...! El clásico machista.

—No es eso. Simplemente que... no sé, no me gusta...

—Entonces, corre tú con todos los gastos y luego pasas la factura a la todopoderosa CIA.

—No me fío de la Central Intelligence Agency.

En el rostro de Lily se reflejó un gracioso mohín.

—Oye, Barry... Me parece que eres un gran tipo. Algo único. No eres tan tonto como aparentas.

—Muchas gracias.

—No te enfades —rió la muchacha—, pero reconoce que tu comportamiento es extraño. Un agente de la CIA que desconoce la misión encomendada, la persona a quien supuestamente debe proteger, el asunto de los gastos...

—Sí, conozco mi misión, Lily. Protegerte. Eres tú la que, tal vez para no alarmarte, desconoces el peligro. La CIA menciona posibles riesgos sobre tu persona.

—De existir el menor peligro, mi padre no me hubiera autorizado a viajar. Es un hombre de... ¡Un momento...! Para ahí, Barry. En esa tienda.

Shatner aproximó el coche a la calzada.

Frenó con suavidad frente a un comercio especializado en moda joven.

—Acompáñame, Barry. Voy a comprarme el modelo para lucir

en la boda de Isabel.

—¿Ahí?

Lily ya había descendido del auto.

Y Barry Shatner fue tras ella.

La compra fue rápida. Es muy sencillo elegir lo peor. Lo más horrendo. Y eso fue lo que hizo Lily. Un pantalón tejano de color amarillo repelente junto con una blusa rizada, a cuadros chillones, con un descomunal lazo al cuello. Complementó el conjunto con unas chancletas rojas que hacían mucho ruido al andar.

—Lily...

—¿Sí?

—Es una broma, ¿verdad? No pensarás ir con eso a la boda de tu amiga.

—Lo haré, Barry. Puedes estar seguro de ello. Isabel lamentará el haberme invitado. También podría... Sí, tampoco es una mala idea visitar a Pedro Torrellas en la víspera de su boda. Voy a localizar su domicilio. Pedro sigue enamorado de mí. Me presentaré esta noche en su casa... y mañana no habrá boda.

Shatner tragó saliva.

Forzó una sonrisa.

—No... no puedes hacer eso...

—¿Por qué no? Eres agente de la CIA. Mueve todos tus contactos, Barry. Quiero que localices el domicilio de Pedro Torrellas.

—No pienso hacer semejante cosa.

La joven apretó con fuerza los puños.

Furiosa.

—No te necesito. Naviera Torrellas. La empresa del padre de Pedro. Muy importante en Tampico. Allí me informarán del domicilio de Pedro Torrellas. ¿Me llevas o tomo un taxi?

—¿Por qué lo haces, Lily? ¿Tanto odias a Isabel?

—Eso no es asunto tuyo, pero voy a complacer tu curiosidad. Odio a Isabel. Odio a todo el mundo y disfruto humillando al prójimo. Tú también, Barry. Tú también serás un juguete para mí y luego te arrojaré a la basura.

—Me gustaría ser tu padre, Lily.

La muchacha sonrió.

Despectiva.

—Ya. He oído eso más de una vez. Si yo fuera tu padre te pegaría una buena paliza. ¿Me equivoco?

—En eso pensaba.

—Muy original, Barry.

—¿Lo soy así más? —dijo Shatner, a la vez que soltaba un trallazo al rostro de la joven.

La sonora bofetada sacudió la cabeza de Lily.

La muchacha agrandó los ojos. Perpleja. Parpadeando incrédula. La sorpresa reemplazó al posible dolor.

—Me... me has pegado...

—Sube al auto, Lily. Voy a retirar alguna de mis cosas y luego, si sigues pensando en esa insensatez, te llevaré a la Naviera Torrellas.

—¡No quiero saber nada más de ti...! ¡Hablaré con mi padre...! Le diré que...

Barry Shatner abrió la portezuela del Mustang.

Empujó a Lily al interior.

Sin contemplaciones.

—Perfecto, Lily. Y dile también que hable con sus amigos de Washington. Si pueden reemplazarme de inmediato por otro imbécil, lo celebraría.

—Te arrepentirás de esto, Barry.

Shatner se situó frente al volante.

Hizo rugir el motor del vehículo alejándose a gran velocidad. En dirección al hotel Clover.

Durante el trayecto no intercambiaron palabra alguna.

Lily parecía haber cesado en sus amenazas y protestas y guardaba un total mutismo.

Poco más tarde, el Mustang se detenía frente a la entrada del hotel Clover.

Barry Shatner quitó las llaves de contacto para seguidamente descender del vehículo.

—En diez minutos estaré de regreso.

Penetró en el hotel.

Retornó a los siete minutos portando un pequeño maletín en su diestra. Al aproximarse al Mustang, descubrió los asientos vacíos.

Shatner dirigió una mirada a izquierda y derecha.

Ni rastro de Lily.

—Tu novia se ha marchado, Barry.

Shatner ladeó la cabeza.

Un niño de unos ocho años jugaba en la acera. Dibujando en el suelo con una tiza. Era el hijo del propietario del puesto de prensa donde habitualmente compraba Shatner.

—Sé dónde encontrarla, Juanjo —sonrió Barry Shatner.

Abrió la portezuela del Mustang.

Convencido de que Lily había tomado un taxi en dirección a la Naviera Torrellas.

—El Chevrolet se fue por allí, Barry. Dobló por el cinema.

Shatner, ya acomodado frente al volante, arqueó las cejas, asomándose a la ventanilla.

—¿El Chevrolet...? ¿No era un taxi? ¿La chica no tomó un taxi?

El niño movió la cabeza de un lado a otro.

—Era un Chevrolet «Caprice». Tu novia no quería ir, pero el hombre la obligó a subir al auto.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Lily destellaron.

Siguieron con furiosa mirada la marcha de Shatner.

Por unos instantes estuvo tentada de abandonar el Mustang y buscar un taxi, pero se contuvo. Quería mortificar a Barry Shatner. Que él mismo la llevara ante Pedro Torrellas.

Lily encendió un cigarrillo.

No se percató del coche que, en lento recorrido, se fue aproximando hasta situarse paralelo al Mustang.

Era un Chevrolet. En su modelo «Caprice». Un vehículo fabricado por la Chevrolet México.

Descendió el individuo.

Un hombre joven. De rostro moreno y caído bigote espeso, a lo Brassens. De elegante vestimenta.

—Hola, linda. Te invito a pasear en mi auto.

Lily respingó ante la súbita voz del individuo asomado a la ventanilla. Le contempló como si fuera una babosa.

—Déjame en paz.

El individuo sonrió a la vez que abría la portezuela del conductor.

Lily, ante aquel atrevimiento, quiso salir del auto; pero quedó inmóvil al oír la voz del individuo.

Ahora fría y amenazadora.

—Quieta o disparo, linda.

Lily parpadeó.

Estupefacta.

El hombre la estaba encañonando con una pistola.

—¿Qué... qué significa...?

—Lo dicho, linda. Quiero que me acompañes. Por aquí..., baja

por esta portezuela y sube a mi auto. Si intentas escapar, dispararé.

La muchacha obedeció.

No sin antes dirigir una angustiosa mirada a la entrada principal del hotel Trébol.

Lily fue empujada al interior del «Caprice». Y al instante el individuo se situó frente al volante iniciando veloz carrera. La pistola, una Luger alemana, junto al asiento. En el lado izquierdo. Al alcance de su mano.

—¿Un rescate? —interrogó Lily—. ¿Es eso lo que buscas?

El individuo no respondió.

Bordeó el cine existente en la calle para, acto seguido, apretar aún más el pedal del acelerador.

Aminoró la marcha ante la proximidad de un *stop*.

Momento que aprovechó Lily para precipitarse hacia la portezuela e intentar abrirla.

—No seas estúpida —dijo el individuo—. He cerrado con llave. Tampoco te aconsejo que bajes el cristal de la ventanilla. No te daría tiempo. Antes te machacaría la cabeza a culatazos.

—Yo... yo te conozco...

El hombre llevó instintivamente la zurda al bigote. Volvió a incrementar la velocidad del vehículo.

—¿De veras? ¿Quién soy, linda?

Lily quedó en silencio.

Con la mirada fija en el individuo. Ciertamente le resultaba familiar, aunque no llegaba a identificarle.

El «Caprice» circulaba ya por las afueras de Tampico. En dirección oeste. Se adentró por una de las comarcales.

El sol del atardecer aún era tórrido.

Sofocante.

Una bocanada de pestilente hedor llenó el aire. Una ráfaga fétida y nauseabunda que envolvió durante unos minutos la atmósfera.

El vehículo había abandonado la comarcal, enfilando por un sendero sin asfaltar. Un camino de guijarros y polvorienta tierra rojiza.

Lo que había sido ráfaga hedionda era ya permanente pestilencia.

Lily llegó a sentir náuseas.

Pronto descubrió el origen de todo aquello. Al divisar las montañas de basura, desperdicios y despojos. Estaba ante uno de los sumideros de Tampico. Uno de los gigantescos estercoleros donde se almacenaba la rasura.

El individuo hizo girar el volante.

Abandonaron el sendero circulando campo a través. No más de doscientas yardas. Hacia una destartallada choza que se alzaba junto a unas rocas.

—Ya hemos llegado, linda.

El individuo descendió del auto. Introdujo la Luger en el bolsillo de la chaqueta. Del asiento trasero de «Caprice» tomó una bolsa de plástico.

Abrió la portezuela correspondiente a Lily.

La joven salió del vehículo.

Instintivamente hizo una mueca de repugnancia. La proximidad de los estercoleros se dejaba sentir con efectos nauseabundos.

—¡Eh, amigos! —gritó el individuo—. ¡Ya estoy aquí...!

La voz resonó como en un eco.

Sin recibir respuesta.

El hombre empujó a Lily hacia la cabaña. La puerta, carcomida y desvencijada, estaba entreabierta.

El individuo empujó la hoja.

Una nueva bocanada se dejó sentir. Un penetrante olor a bestia humana. A sudor. A tabaco...

Nadie en el interior de la cabaña.

—¡Eh, amigos! —exclamó nuevamente el individuo—. ¡Aquí tengo lo prometido!

Abrió la bolsa de plástico.

Contenía tres botellas.

Tres botellas de tequila que dejó junto a la entrada de la choza.

Fue entonces cuando apareció el primero de los hombres. Había permanecido semioculto entre las rocas cercanas. Un individuo de unos cincuenta años de edad. De poblada y sucia barba grasienta. Vestía ropa desproporcionada. Una chaqueta estrecha, pantalones... Sin duda, ropa rebuscada y conseguida en las montañas de basura.

Y aparecieron dos individuos más.

Cortados por un mismo patrón.

—¡El diablo me lleve! —exclamó uno de ellos—. ¡Mirad, compadres...! Era verdad. No se trataba de una broma...

—Por supuesto que no era una broma —rió el individuo del «Caprice»—. Aquí está lo prometido. ¿Y lo muestro?

Los tres individuos comenzaron a rebuscar en los bolsillos. Nerviosamente.

Fueron juntando unas monedas.

Se adelantó uno de ellos. Las palmas de las manos unidas. Sonriendo. Mostrando unos amarillentos y salteados dientes.

—Aquí están... quince pesos... en monedas de diez, veinte y cincuenta centavos. Espero que no le importe.

El individuo del bigote volvió a reír.

Colocó la bola de plástico para que el individuo volcara en ella las monedas.

—De acuerdo, amigos. Mañana pasaré por aquí.

—Nosotros ya no estaremos —dijo uno de los individuos—. Somos vagabundos. No nos gusta estar mucho tiempo en un mismo lugar, pero no se preocupe, encontrará a su chica en la cabaña.

Lily contemplaba perpleja la escena.

Sin comprender nada de todo aquello.

El individuo se introdujo en el «Caprice».

Y Lily corrió hacia él.

—¡Eh, un momento...! ¿Qué significa...?

El auto giró levantando considerable polvareda rojiza. Obligando a Lily a retroceder. Cerró momentáneamente los ojos. Al abrirlos el Chevrolet «Caprice» ya se encontraba a considerable distancia.

—¿Cómo te llamas, chamaca?

Lily giró.

Los tres individuos la contemplaban con lascivos ojos. Devorándola con la mirada. Reflejando en sus rostros el deseo.

—Oigan..., yo...

—Mi nombre es Emilio —dijo uno de los individuos atizándose un largo trago de tequila—. Éstos son Manuel y Horacio. ¿Un sorbito, nena? Vamos a pasarlo en grande, ¿no es cierto?

—¡Seguro! —rió el llamado Manuel—. Mírala no más... ¡Es un verdadero bomboncito!

Lily palideció.

Comprendiendo por primera vez el peligro.

—He... he sido raptada... Les aconsejo que me dejen marchar...
La policía...

—¿De qué nos hablas? —interrumpió Horacio, con un sonoro eructo—. Tu alcahuete nos dijo que una de las chamacas se portaba mal y que necesitaba una buena lección. Que se había vuelto muy refinada y despectiva con los clientes.

—Por eso acudió a nosotros —rió Manuel—. Para que te dieras cuenta de que pueden existir clientes mucho peores... También nosotros hemos pagado. Cinco pesos cada uno.

—¿Se han vuelto locos...? ¡Yo no soy una...!

Lily no pudo seguir hablando.

Los tres individuos, como auténticas bestias salvajes se habían abalanzado sobre ella.

* * *

Fue al salir del sendero y tomar la comarcal.

El Mustang que circulaba a vertiginosa velocidad frenó con estridente chirriar cruzándose en la calzada.

El Chevrolet «Caprice» tuvo que hacer una brusca maniobra para evitar el choque. Giró hacia la cuneta. Allí quedó detenido.

—¡Maldita sea! —exclamó el individuo del «Caprice»—. ¿Se ha...?

Barry Shatner había descendido precipitadamente del Mustang.
Avanzando a grandes zancadas.

Abrió la portezuela del «Caprice» justo en el momento en que el individuo empuñaba la Luger. Le encañonó.

—¡Atrás o...!

La acción de Shatner fue suicida.

Se arrojó sobre el individuo atrapándole por el cuello.

Y sonó el disparo.

Barry Shatner, al abalanzarse sobre el individuo, percibió el cañón del arma presionando sobre su estómago.

La detonación coincidió con el primer trallazo al rostro del individuo.

—¿Dónde está la chica...? ¡Responde!

Shatner había notado el quemazo en el estómago. Simplemente

eso. No comprendió muy bien lo ocurrido, pero no se encontraba herido. Al menos sí tenía fuerzas para proyectar de nuevo su puño.

Al rostro del individuo.

En plena boca.

Le reventó los labios... y le arrancó el bigote.

—¡No sé de qué me habla! —gimió el individuo, con lágrimas en los ojos—. ¡Yo no...!

Barry Shatner comenzó a golpearle la cabeza contra la caja de cambios.

Una y otra vez.

—¡Responde o te convierto la cabeza en pulpa! ¿Dónde está Lily Mouriz? ¿Qué has hecho de ella?

—Basta... basta...

—¡Habla!

El individuo sangraba abundantemente por la boca. Un diente le colgaba próximo a caer.

—Está... está cerca de aquí... en una cabaña... En la choza abandonada de los sumideros... Puede verse por el sendero...

—¿Para qué organización trabajas?

El individuo parpadeó.

Perplejo por la pregunta.

—¿Organización...? Yo no...

—¿Por qué has secuestrado a Lily Mouriz?

—Oiga... sólo se trataba de darle un escarmiento a la chica... La pistola es de fogueo...

Barry Shatner le arrebató la pistola.

Parecía en verdad una Luger alemana, aunque en efecto se trataba de un arma de fogueo perfectamente imitada.

—¿Qué clase de escarmiento?

—Bueno... La... he dejado a Lily Mouriz en la cabaña... con tres vagabundos... Yo sólo quería...

Shatner apretó con fuerza las mandíbulas.

Y el miedo se reflejó en los ojos del individuo.

—Es... es sólo una...

—Ya me lo explicarás luego con más detalle, hijo de perra —dijo Barry Shatner, a la vez que descargaba el cañón de la pistola en la frente del individuo. Éste, tras poner los ojos en blanco, quedó sin sentido.

Shatner corrió hacia el Mustang.

Abandonó la comarcal adentrándose por el sendero. A gran velocidad.

Pronto escuchó los desgarradores gritos femeninos.

CAPÍTULO V

Manuel y Emilio la sujetaron por los brazos.

Lily comenzó a gritar y debatirse. En un vano intento por zafarse de aquellas manos que la aprisionaban.

Horacio la trabó por las piernas.

—¡A la cabaña con ella!

—¡Soltadme...! ¡Soltadme...!

La resistencia de Lily no hacía más que incrementar la lujuria de los tres individuos. Sus torpes y ávidas manos recorrían una y otra vez el cuerpo femenino. Ya habían desgarrado la parte delantera del vestido de la joven.

Penetraron en la choza.

Con su codiciada presa.

No había mobiliario alguno. Sólo unas tablas en uno de los rincones. Protegidas por descoloridas y mugrientas mantas.

Lily pateaba y gritaba desesperada.

En aquel forcejear, sus juveniles senos subían y bajaban en agitado respirar. Al patear mostraba las piernas de largos y bronceados muslos. A ráfagas era visible también el encaje del *slip*.

—¡El infierno me trague! —vociferó Horacio—. ¡Sujetadla de una condenada vez!

—¿Por qué no le atizamos un poco?

La sugerencia de Manuel no fue bien recibida.

Al menos por Horacio.

—¡Compadres...! ¿No somos capaces de dominar a una gata salvaje? ¡Dejadme a mi...!

Lily fue arrojada sobre las tablas que improvisaban un camastro.

—¡Eh, Horacio...! Un momento... ¿Por qué tú primero?

El rostro de Horacio, desencajado por la lascivia, sonrió en

desagradable mueca.

—Soy el más macho. ¿Alguien lo duda?

Horacio había formulado la pregunta acompañado de un rápido movimiento. Su mano derecha se introdujo veloz en uno de los bolsillos. Se escuchó un sonido metálico y al momento la afilada hoja de una navaja de resorte.

—Está bueno, maldita sea... No discutamos —dijo Emilio—. Somos compañeros. Siempre nos hemos repartido todo como hermanos.

—Yo seré el primero —advirtió Horacio, sin guardar la navaja.

—Poco importa, ¿no es cierto, Manuel?

Manuel, aunque con rostro crispado, terminó por mover afirmativamente la cabeza.

Horacio sonrió girando hacia la aterrorizada muchacha.

Lily yacía sobre las tablas. Con las manos cruzadas sobre el pecho. Tratando de cubrir sus desnudos senos.

—No..., por favor..., no...

—Tú eres una zorruna —dijo Horacio, aproximándose a la joven—. ¿Qué te ocurre con nosotros? ¿No somos gente fina?

—Se equivocan..., yo no...

El hombre se lanzó sobre Lily.

—Lo vamos a pasar bien, chamaca..., muy bien...

—¡No...! ¡No...!

En los desgarradores gritos de Lily se acusaba terror y repugnancia. Percibía el pestilente hedor del individuo. El repulsivo contacto de sus manos. Su boca pugnando por besarla...

Emilio y Manuel contemplaban la escena sonrientes.

Embrutecidos.

Ninguno de los tres escuchó la llegada del auto. Ni tan siquiera los precipitados pasos hacia la cabaña.

Barry Shatner entró en la choza como una exhalación.

Acudiendo directamente hacia Horacio.

Atrapándole por el hombro izquierdo le hizo girar. Lo suficiente para poder aplicarle un brutal puntapié en la cabeza.

Se escuchó un siniestro chasquido de huesos rotos.

Horacio rodó con el rostro ensangrentado. Rota la nariz y reventados los labios.

Los sorprendidos Emilio y Manuel tardaron en reaccionar.

—¡Condenación...! ¿Quién eres tú? —Parpadeó Manuel.

Shatner estaba ayudando a la muchacha a incorporarse.

—Barry... ¡Oh, Barry...!

La joven se arrojó en brazos de Shatner.

Sollozando entrecortadamente.

Temblando de pies a cabeza.

—Tranquila, pequeña...

Horacio también se había levantado. Rugiendo de ira. En su diestra, de nuevo la navaja de estrecha y larga hoja.

—Voy a pincharte, maldito... ¡Esa chica es nuestra...! ¡Hemos pagado por ella!

Barry Shatner se separó de la muchacha.

Enfrentándose al individuo.

—Aún pagarás más, amigo. Mucho más. Secuestro e intento de violación. Te pudrirás en prisión para el resto de tus días.

Horacio interrumpió su amenazador avance.

Bizqueó.

—¿Secuestro...?

—¡Eh, un momento! —intervino Emilio—. Nosotros no hemos hecho nada... Un tipo se presentó aquí. Dijo que tenía que dar escarmiento a una de sus pupilas. El fulano era propietario de un burdel. Al menos eso afirmó. Nos prometió una botella de tequila y la chica. Nosotros le entregaríamos cinco pesos cada uno... Creímos que se trataba de una broma, pero el fulano apareció y...

—Fuera de aquí —ordenó Shatner, con dura voz—. ¡Largaos!

Los tres hombres obedecieron.

Con rapidez.

—Barry...

La muchacha volvió a refugiarse en los brazos de Shatner.

—Tranquila, Lily... He llegado a tiempo. Como en las películas, ¿no es cierto? Olvídalos. Son tres pobres diablos embrutecidos por la miseria.

—No comprendo..., no comprendo nada de...

—Tampoco yo, Lily; pero sé quién puede explicarnos todo. ¿Te encuentras con ánimos para salir de aquí?

—¡Lo estoy deseando...!

Abandonaron la cabaña.

En dirección al Mustang.

La muchacha trataba en vano de componer su desgarrado vestido. Los erectos senos asomaban por entre los jirones de ropa. Acusando aún un trémulo palpitar.

—Ahí en el auto sigue tu paquete, Lily. El pantalón amarillo y la blusa rizada a cuadros... ¿Te atreves a ponerte esa ropa?

Lily asintió.

Con débil sonrisa.

Barry Shatner, mientras la joven se cambiaba de ropa, encendió un cigarrillo. Ya a medio consumir, le llamó la voz de Lily.

—¡Ya estoy lista, Barry!

Shatner se acomodó frente al volante. Contempló a la muchacha dedicándole una animosa sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Lily? Estás preciosa. Incluso con ese horrible conjunto. Hasta dentro de un saco de patatas estarías seductora.

—Barry..., yo... yo... te agradezco lo que has hecho por mí y...

—Olvidalo.

—¿Olvidarlo? No, Barry..., ha sido horroroso..., esos hombres... No llego a comprender... Creo que el hombre que me condujo hasta aquí me confundió con otra chica... Me confundió con una...

—Eso vamos a averiguarlo ahora —dijo Shatner, iniciando la marcha del vehículo—. Tengo fuente de información de primera mano.

Lily tomó la cajetilla de tabaco del salpicadero.

También ella llevó un emboquillado a sus gordezuelos labios.

—¿Cómo has conseguido dar conmigo, Barry?

—Fue cuestión de suerte. Un niño vio cómo ese individuo te obligaba a subir a su auto. El chiquillo es un fanático de los autos extranjeros. Estaba jugando en la acera y escribió la matrícula y modelo. Volví al hotel. Carlos, el recepcionista, entró en contacto con los radio-taxis. Uno de ellos dijo haber visto al Chevrolet «Caprice» salir de Tampico por la comarcal de Bordada. Salí de inmediato en esa dirección. Casi me paso de largo cuando vi aparecer el «Caprice» saliendo de un sendero.

—Reflejos de un agente de la CIA.

Shatner sonrió.

—Más bien el poder del dinero. Prometí a Carlos y a los radio-taxis una gratificación de quinientos dólares si se localizaba el «Caprice».

—Yo los pagaré.

—Seguro.

—¡Barry...! ¡Mira...! ¡Es el «Caprice»...! Es el auto que...

—Tranquila, Lily. Ya lo sé. Está en el mismo lugar en que lo dejé hace unos minutos.

—¿Que tú...?

El Chevrolet «Caprice» seguía en la cuneta. Fuera de la comarcal. Y el individuo en su interior. Tendido sobre los asientos. Todavía sin conocimiento.

Barry Shatner paró tras el «Caprice».

Descendió del auto.

Lily, aunque temerosa, fue tras él.

Shatner abrió la portezuela del «Caprice» incorporando al individuo y colocándolo en el asiento. La chaqueta y la camisa manchada de sangre. Al igual que la boca y barbilla. Un enorme chichón en la frente.

—No..., no tiene el bigote...

Barry Shatner rió divertido.

—Era postizo. Se lo arranqué de un trallazo. Yo soy un tipo pacífico, Lily; pero cuando una mujer está en peligro me pongo muy furioso. Reacciono muy violentamente.

—Conozco a este hombre..., no sé de qué, pero le conozco...

Shatner comenzó a registrarle los bolsillos.

Le arrebató una billetera.

El individuo empezó a gemir y a mover la cabeza.

—Bien... Parece que nuestro amigo despierta —sonrió Barry Shatner, examinando el contenido de la billetera. Encontró el permiso de conducir y otros documentos de identidad—. Y nuestro amigo se llama... Alberto Ballesteros.

—¡Alberto! —exclamó Lily—. ¡Ahora lo recuerdo...! Es el primo de Isabel. Nos visitó un día en la universidad de México. No me gustó. No me resultó simpático. Sospeché que mantenía relaciones ilícitas con Isabel. No comprendo...

—El mismo nos lo explicará ahora. Con todo lujo de detalles. ¿No es cierto, Alberto?

El individuo había abierto los ojos.

Y lo primero que vio fue el poco tranquilizador rostro de Shatner. También contempló a Lily.

—Dejadme..., dejadme marchar...

Barry Shatner sonrió.

Jugueteando significativamente con la Luger.

—Por supuesto, Alberto, pero antes quiero que nos expliques todo esto. Sin mentiras. No me obligues a abollar el cañón de la pistola sobre tu dura cabezota.

El individuo se llevó instintivamente su diestra a la frente. Con una mueca de dolor reflejada en el rostro.

—Fue... fue idea de Isabel...

—¿De Isabel? —Casi gritó Lily.

—Por favor, Lily —dijo Shatner, que no parecía muy sorprendido por la revelación—. No interrumpas. Dejemos hablar al bueno de Alberto. Sigue... ¿Por qué se le ocurrió semejante cosa?

Alberto Ballesteros tragó saliva.

Aún le llegó el sabor de la sangre.

—Ella... Isabel... está celosa... Invitó a Lily a la boda. Convencida de que no acudiría. Simplemente para demostrarle que ella había salido vencedora. Que iba a casarse con Pedro Torrellas... Le sorprendió que Lily aceptara la invitación. Le sorprendió... y enfureció. Isabel sospecha que Pedro todavía está loco por Lily... Temía alguna jugarreta de Lily... por eso... por eso se le ocurrió el entregarla a unos individuos. A la escoria. A unos vagabundos pestilentes... Quería degradar a Lily. Humillarla al máximo. Que su violación a manos de unos andrajosos fuera conocida por todos... Eso haría que Pedro perdiera todo su interés por Lily.

—Y tú ejecutaste el plan.

—Estaba... estaba en dificultades económicas... Isabel me prometió ayuda... Yo hice prometer a los vagabundos que no causarían ningún daño a Lily y...

—¿Que no le harían daño? —Barry Shatner aferró al individuo por las solapas—. ¡Maldito bastardo...! ¡Te voy a...!

—¡No...! ¡No me pegue más...! Lily alardeaba siempre de dominar a los hombres, de jugar con ellos... Puede que necesitara ese escarmiento... esa humillación a manos de los vagabundos...

—Tú sí vas a recibir un buen escarmiento. Al igual que Isabel. Vamos a la policía. Y allí firmarás confesión de todo cuanto me acabas de decir, ¿de acuerdo?

—Pero... me acusarán de rapto... Yo no... yo no...

Alberto Ballesteros comenzó a gimotear.

Shatner le contempló con desprecio.

—¿Puedes conducir, Alberto...? ¡Responde!

—Sí...

—Bien. Yo te seguiré. Y no hagas ninguna tontería o te pesará. Enfila hacia el puesto de policía más próximo. ¿Es tuyo el «Caprice»?

—Lo... lo alquilé con nombre supuesto.

—Perfecto. Otra acusación más contra ti.

Alberto Ballesteros incrementó su gimotear.

—Vamos, Lily. —Shatner tomó del brazo a la muchacha—. En comisaría terminaremos este lamentable asunto. Sospecho que mañana no habrá boda.

Lily se detuvo junto a la portezuela del Mustang.

Sin hacer ademán de entrar.

—Barry...

—¿Ocurre algo, Lily?

—Déjale marchar.

Shatner arqueó las cejas.

—¿Cómo...?

—No voy a presentar denuncia contra Alberto Ballesteros. Ni contra Isabel.

—¿Por qué no? No se trataba de una broma, Lily. Lo planeado contra ti es un grave delito que merece ser castigado.

—Está decidido, Barry. No quiero verme envuelta en escándalo alguno. No diré nada de lo ocurrido y ellos, por la cuenta que les tiene, de seguro también guardarán silencio.

—Pero...

—No se hable más del asunto, Barry. Que se marche.

Shatner respiró con fuerza.

Acudió junto al «Caprice» donde el individuo continuaba en su desconsolado gimotear.

—Escucha con atención, hijo de perra. Lily no va a presentar acusación contra vosotros.

—¿Ella no...?

—Déjame terminar —dijo Shatner, secamente—. Yo no comparto la decisión de Lily, pero obedezco. Procura no cruzarte jamás en el camino de Lily Mouriz. Ni tú ni Isabel. Advierteselo

también a ella.

—Sí..., sí... Gracias...

—¡Y ahora lárgate!

El individuo no se hizo repetir la orden.

En cuestión de minutos sacó el auto de la cuneta enfilando por la comarcal a gran velocidad.

Barry Shatner retornó junto al Mustang.

Lily ya se había acomodado en el interior.

—No te comprendo, Lily —dijo Shatner, situándose frente al volante—. Sospecho que tu decisión no ha sido por temor a un escándalo.

—¿De veras?

Se miraron a los ojos.

Barry Shatner tomó entre sus manos el rostro femenino. Besó con suavidad los carnosos labios de la muchacha.

—¿Sabes una cosa, Lily? Empiezo a conocerte. Tras esa capa de frivolidad, indiferencia y desprecio por el prójimo, se encierra una frágil figura de porcelana sumamente sensible.

Lily rió en cantarina carcajada.

—¿Eso crees?

—Totalmente. No has querido estropear la boda de Isabel. Supongo que ya no pensarás asistir a la ceremonia.

—No.

El Mustang ya circulaba hacia Tampico.

—Perfecto. Empiezas a razonar.

—Sí... Eso debe ser —murmuró la joven, con la mirada fija en un indefinido punto—. Yo estaba planeando quitarle el novio a Isabel. En la víspera de su enlace matrimonial. Una fea acción, ¿verdad? Isabel me correspondía con otra igualmente reprobable.

—Cierto.

—Barry...

—¿Sí?

—Abandonemos Tampico. Ahora. Esta misma noche. No quiero seguir aquí. Telefonaré a mi padre para advertirle que salgo hoy hacia la ciudad de México. ¿Qué opinas?

—Yo estoy a tus órdenes.

—Más que un agente de la Central Intelligence Agency te comportas como si fueras mi ángel guardián.

Barry Shatner sonrió.

Estaba satisfecho.

Convencido de haber actuado como un perfecto y experimentado agente de la CIA. Sin reparar en que Alberto Ballesteros había sido un vulgar y torpe enemigo.

El verdadero bautismo de fuego no se haría esperar.

CAPÍTULO VI

Lily se relajó en un prolongado baño. Luego cambió de vestimenta. Desterrando aquel horrible pantalón y la blusa rizada. Se ajustó un ligero vestido camisero estampado. Acorde con la calurosa noche y con el proyectado viaje.

También Barry Shatner se cambió de ropa. Iba a conducir y quería ir más cómodo. Pantalón tejano y camisa polo de rejilla.

Portando su valija pasó a la contigua habitación de Lily.

La muchacha estaba sentada al borde del lecho. Junto a la mesilla de noche. Con la mirada fija en el teléfono.

—¿Todavía no te han puesto la conferencia? Creí haber oído el timbre del teléfono.

—Ya... ya he hablado con casa.

—¿Ocurre algo, Lily?

La joven desvió la mirada hacia Shatner.

Su bello rostro acusaba una tenue palidez.

—No..., no he podido hablar con mi padre. Se encontraba ausente. Todo el país está conmocionado por el suceso.

—¿Suceso...? ¿Qué suceso?

—Ha ocurrido hace menos de una hora. La noticia pronto será conocida en todo el mundo. Arturo Alcántara, el candidato número uno a la presidencia de la nación, ha sufrido un ataque cardíaco. Durante uno de sus mítines. Mientras hablaba a sus seguidores... Ha muerto.

—¿Quién te ha comunicado eso?

—César Junco, el secretario privado de mi padre. Muy nerviosamente. Todavía impresionado por el reciente suceso. Eso ha cambiado por completo la situación electoral de mi padre. Ahora ha pasado a ser el número uno. Afortunadamente la muerte de Arturo

Alcántara no ha sido en atentado ni en circunstancias extrañas.

—¿Te han dado alguna recomendación especial?

—¿Alguna recomendación...? No comprendo...

—Has pasado a ser la hija del candidato número uno. Lily. Tu padre será de seguro el próximo presidente. Ahora necesitas más protección y prudencia.

—César Junco nada me indicó... El pobre estaba muy excitado. Ni tan siquiera me hizo caso. Sólo me informó nerviosamente de lo ocurrido. Yo le he comunicado que abandonaba Tampico en dirección a México D. F. y, dado que no podía localizar a mi padre, le informara de mi decisión.

—Supongo que en México también tendrás reservado hotel.

—Por supuesto. Una *suite* doble en el Nuevo Dorado.

—No iremos al Nuevo Dorado —dijo Shatner—. Hay que tomar severas medidas de seguridad.

—Ya lo sabías tú, ¿verdad, Barry?

Shatner parpadeó.

—¿Saber...? ¿El qué?

—Lo ocurrido a Arturo Alcántara.

—Pero... ¿no dices que se acaba de producir hace menos de una hora?

—Sí, pero también sé que tú eres un agente de la Central Intelligence Agency. La organización mejor informada del mundo. La que mueve los hilos en la oscuridad. No me sorprendería que hubieras recibido comunicación de tus superiores informando de los hechos y las medidas a tomar.

Shatner ahogó un suspiro.

—Eso me gustaría a mí. ¡Que se pusieran en contacto conmigo o al menos conocer la forma de poder hacerlo yo!

Lily sonrió.

Se incorporó moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Sigo sin creerte, Barry. Me resisto a creer que no estás en contacto con tu jefe ni conoces la forma de establecer comunicación con él. Eso sería... sería ridículo.

—Correcto. Ésa es la palabra. Ridículo. ¿Nos vamos?

—Sí, Barry.

Minutos más tarde abandonaban el hotel.

Acoplaron el reducido equipaje en el portamaletas del Mustang.

—¿Cuántos kilómetros nos separan de México D. F.?

—Alrededor de los seiscientos —informó Shatner.

—¿Dónde pasaremos la noche?

—En cualquier ciudad del recorrido, aunque si lo prefieres podemos realizar el viaje directamente. Tan sólo haremos un alto en el camino para cenar y...

—¡Oh, no...! No hay prisa por llegar a México ni es necesario que conducir durante toda la noche. Buscaremos un bonito lugar donde dormir, ¿okay?

—Lo que tú digas.

Fue en Estrada.

Casi a mitad de camino entre Tampico y México D. F.

Previamente habían cenado en Santa Cruz de Loma, pero, fue en Estrada donde decidieron pernoctar. Fuera de la ciudad. En un motel que se emplazaba sobre un frondoso y extenso bosque. Con rústicas pero confortables cabañas diseminadas por el terreno. Cada uno de aquellos pequeños *bungalows* del motel dotado de su correspondiente plaza de *parking*.

La cabaña contaba con dos dormitorios, aunque con un solo baño común a ambos. Con coquetona antesala dotada de televisor y mueble-bar.

—¿Quién ocupa primero el baño, Lily?

—Yo no tengo sueño, Barry...

—Te acuestas y empiezas a contar ovejitas —dijo Shatner, vaciando el vaso de *whisky*—. Mañana no quiero salir muy tarde. Aprovecha las horas que nos quedan para dormir.

—Pero...

—Yo utilizaré primero el baño. Buenas noches. Lily.

Barry Shatner pasó al cuarto de aseo. Y de allí a la contigua habitación. Precipitadamente. Su marcha fue casi una huida.

Era preferible no seguir junto a Lily.

Resultaba demasiado tentador.

Shatner, en lugar de placentero baño, se decidió por una ducha fría. Tras cepillarse los dientes pasó al dormitorio tendiéndose sobre el lecho.

Encendió un cigarrillo.

A los pocos minutos, le llegó el chapotear del agua. Imaginó a Lily en la bañera. Enjabonando su seductor cuerpo. La piel morena

y suave...

Barry Shatner sacudió la cabeza.

Como queriendo borrar de su mente aquellos pensamientos.

Accionó el interruptor situado junto al cabezal. La estancia quedó en la oscuridad. Sólo el resquicio de luz que se filtraba bajo la puerta del cuarto de baño.

Shatner cerró los ojos.

Aunque consciente de que no sería capaz de conciliar el sueño.

De pronto percibió una súbita claridad.

Abrió los ojos.

La puerta del contiguo cuarto de baño estaba abierta. Bajo el umbral se encontraba Lily. Con un vaporoso kaftan confeccionado en transparente gasa. Al trasluz era visible la silueta femenina.

Ninguna otra pieza.

Sólo aquel sucinto deshabillé.

La muchacha avanzó lentamente.

Barry Shatner quiso hablar. Convencer a la joven de lo importante de su acción...: pero ya era demasiado tarde.

Shatner se estaba reflejando en los negros ojos femeninos.

Los gordezuelos labios de Lily estaban muy próximos.

Percibía el calor de su cuerpo...

No.

Barry Shatner fue incapaz de hablar.

CAPÍTULO VII

Barry Shatner terminó de afeitarse.

Asomó la cabeza hacia el dormitorio.

—¡Eh, Lily...! ¡Despierta, preciosa...!

La muchacha se removió voluptuosa en el lecho. La sábana por los tobillos. El kaftan sobre la alfombra.

La claridad del nuevo día inundaba la habitación. Algunos rayos de sol que burlaban la protección de la persiana acariciaban el desnudo cuerpo de la joven.

Sonaron unos golpes a la puerta.

—¡Ya tenemos ahí el desayuno! —sonrió Shatner, abandonando el cuarto de aseo—. ¿Quieres levantarte de una vez?

Pasó a la antesala.

Al abrir la puerta de la cabaña la sonrisa desapareció bruscamente del rostro de Barry Shatner.

No era el servicio de desayunos.

Lo primero que se encontró Shatner fue con el largo tubo silenciador enroscado a una Super-Star. El cañón apuntando a su cabeza.

El propietario de la Super-Star era un individuo de pelo rojizo y ojos saltones.

No estaba solo.

Le acompañaban dos individuos más.

—¿Qué significa...?

No le dejaron terminar de hablar.

Shatner fue empujado hacia el interior.

Los tres hombres penetraron en la cabaña cerrando tras de sí.

—Buscad a la chica —dijo Ojos Saltones—. Yo me encargaré de éste.

El individuo hablaba en inglés con acento tejano.

No eran mexicanos.

Abrieron la puerta de una de las habitaciones.

Sorprendiendo a Lily, que terminaba de ajustarse un minúsculo *slip*. La joven contempló perpleja a los dos individuos. Éstos también correspondieron con una mirada de estupor que de inmediato les hizo babear.

—¡Infiernos, Wendy! —exclamó uno de los individuos—. ¡Ven a ver esto!

Ojos Saltones hizo una significativa señal con la pistola.

Barry Shatner avanzó hacia el dormitorio.

Y el llamado Wendy también bizqueó al contemplar a la muchacha.

—¡Está mejor que en las fotografías!

Lily seguía sin reaccionar.

De pie.

Junto al lecho.

Con aquella diminuta braguita como única vestimenta.

—Se acabó el espectáculo —dijo uno de los individuos—. Tú, muñeca... Ponte un vestido. Nos vamos de viaje.

—Un momento...

Barry Shatner se adelantó un par de pasos.

Ni uno más ni uno menos.

Fue detenido por Wendy que le golpeó con el tubo silenciador de la Super-Star en el estómago.

Shatner se dobló como una bisagra.

—¡Barry...!

—¡Quieta ahí, nena! —Uno de los individuos cortó el avance de la joven hacia Shatner—. Obedece y no sufrirás daño alguno. ¡Vístete!

Lily retrocedió.

Por primera vez pareció percatarse de su desnudez. De que sus erectos y turgentes senos se mostraban en toda su turbadora belleza.

—Mi... mi ropa está en la otra habitación...

—Okay. Acompaña a la señorita, Peter.

Uno de los invitados salió con Lily.

Shatner se estaba recuperando.

—Tú eres Barry Shatner, ¿no es eso? Ése es el nombre que figura en el registro del motel. ¿Es tu verdadero nombre?

—Sí...

—¿Para quién trabajas?

—Estoy sin empleo. Me despidieron de la
Wilder & Brooks
de Tampico.

Wendy entornó sus salientes ojos.

—Un gracioso, ¿eh?

—Aquí están sus papeles, Wendy —dijo el otro individuo registrando la billetera depositada sobre la mesa de noche—. Barry Shatner, domiciliado en el hotel Trébol de Tampico... hay unas nóminas de la
Wilder & Brooks...
es un proyectista...

Wendy hizo una mueca.

Sin dejar de encañonar a Shatner.

—¿No eres el guardaespaldas de Lily Mouriz?

—Simplemente soy un amigo.

—Un amigo muy íntimo.

—Cierra la boca. Marty —recomendó Wendy a su compañero—.
Esto es un asunto muy serio.

Peter y Lily reaparecieron.

La muchacha lucía ya su vestido camisero. Incluso había pasado un cepillo por sus lacios cabellos y proporcionado un ligero maquillaje a sus pálidas mejillas.

—¿Conoces a Jorge Mouriz? —interrogó nuevamente Wendy—.
¿Eres amigo de la familia Mouriz?

—Sí —mintió Shatner.

—Perfecto... Yo soy Wendy. Éstos son mis compañeros Peter y Marty. Nosotros trabajamos para... para una multinacional. La sede central está en Dallas, Texas. Con sucursales en todas las ciudades importantes de los EE.UU. y también con delegaciones por toda Iberoamérica y en Europa. Lo dicho, Shatner. Una multinacional del vicio organizado. Tocamos muchas actividades, pero nuestra principal fuente de ingresos es el tráfico de drogas.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Contigo nada, estúpido —replicó Wendy— pero sí con Jorge

Mouriz. Gran parte de su campaña electoral se fundamenta en la idea de exterminar la lacra que significa la existencia de extensas plantaciones y laboratorios clandestinos de drogas que proliferan por su país. Y eso no interesa a nuestra multinacional. No nos preocupaba Jorge Mouriz. No iba a salir presidente, pero la repentina muerte de Arturo Alcántara ha cambiado todo. No estamos dispuestos a consentir que las plantaciones sean quemadas por el gobierno Mouriz. Esas plantaciones son nuestro principal abastecedor.

—Mi padre desprecia a los traficantes de droga —intervino Lily—. ¡Arrasaré esas plantaciones...! Y tampoco permitirá que su país sea puente de plata para el suministro de droga a los EE. UU.

—Muy cierto, muñeca. Tu país es ideal para recibir la mercancía y suministrarla a los diferentes puntos. No sólo de los EE. UU. Toda Iberoamérica y Europa entra también en el reparto en nuestra amplia red de distribución. No podemos permitir que Jorge Mouriz se sienta en la presidencia.

—¿Cómo piensan impedirlo?

—Es muy sencillo. Shatner. Nos llevaremos a Lily Mouriz. Puedes informar de ello a su padre. Pronto recibirá un regalo. Una cajita con el dedo o la oreja de su linda hija Lily. De su única y querida hija. Luego otro trocito, y otro... No nos importa descuartizar a la chica. Hemos hecho cosas peores. Dependerá de Jorge Mouriz.

—¿De cuánto es el rescate?

Wendy rió en desaforada carcajada.

—¿Rescate...? ¡Oh, sí...! Jorge Mouriz es millonario. Se le podía exigir el pago de unos cuantos millones de dólares, pero nos interesan más esas plantaciones y el continuar dominando esa importante plaza de distribución. No queremos el dinero de Jorge Mouriz. Sólo su renuncia oficial a la presidencia. Eso es lo que debe hacer si desea volver a ver con vida su hija. En caso contrario la verá... a trocitos. Adviértale que se enfrenta con la Mafia. No somos unos vulgares aficionados.

Barry Shatner decidió comprobarlo.

Y se abalanzó sobre el individuo.

Con intención de desviar el arma y golpearle.

No.

No eran unos aficionados.

Al menos no lo era Wendy.

No se dejó sorprender. Retrocedió unos pasos esquivando la embestida de Shatner. Y correspondió a ella golpeándole en el cuello. Con el cañón de la Super-Star.

Barry Shatner cayó de bruces.

Aturdido.

—Si vuelves a intentarlo, te llenaré de plomo —amenazó Wendy—. Poco nos importa que seas tú el que pase el mensaje a Jorge Mouriz. Podemos hacerlo nosotros mismos, pero preferimos un testigo de primera mano. Comunica con Jorge Mouriz. Tiene veinticuatro horas de plazo para renunciar oficialmente a las elecciones presidenciales. ¡En marcha, muchachos!

Lily trató de resistirse.

—No... ¡No quiero ir...! ¡Dejadme...!

Barry Shatner pugnó por incorporarse y acudir en ayuda de la muchacha, pero un lacerante dolor parecía inmovilizarle en el suelo.

Borrosamente contempló cómo los tres individuos se alejaban llevándose a Lily con ellos.

* * *

Barry Shatner se arrastró hacia el lecho.

Justo en el momento en que comenzó a sonar el timbre del teléfono depositado sobre la mesa de noche.

Shatner sacudió la cabeza.

Torpemente atrapó el auricular.

Apenas descolgar el micro le llegó la apremiante voz.

—Señor Shatner... ¿Es usted, señor Shatner...? ¡Responda...!

Barry Shatner se frotó el cuello una y otra vez.

—Si..., yo soy...

—Le habla Lorenzo, el recepcionista del motel...

—Olvide el desayuno.

—¡Señor Shatner...! ¡No cuelgue, señor Shatner...! No se trata del desayuno. Puedo ver a los tres hombres y a la chica... Avanzan hacia aquí... hacia la caseta de recepción... Un cuarto hombre quedó vigilándome, pero he podido sorprenderle. Le he golpeado

con un pisapapeles.

—¿Has avisado ya a la policía?

—Imposible. Cortaron la línea. Sólo quedó en funcionamiento la centralilla interior. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué pretenden...? ¿Por qué se llevan a la joven que se registró con usted?

—Oiga, Lorenzo... Escuche con atención... Enciérrese en la caseta. Resista. Déme tiempo a llegar ahí...

—Tengo un revólver... El del individuo que dejé sin sentido.

—Magnífico. Empiece a disparar contra ellos.

—Pero jamás he disparado un arma... dudo que pueda alcanzarlos.

—No le pido eso, Lorenzo. No se arriesgue. Ni tan siquiera se asome. Sólo quiero que les entretenga.

—Ya están cerca... ¡Voy a disparar!

Barry Shatner colgó el auricular.

Con vacilante paso se encaminó hacia la salida.

Se precipitó hacia el Mustang. Allí, en uno de los compartimientos del salpicadero, estaba la Luger. La pistola de imitación arrebatada a Alberto Ballesteros. Con intención de guardarla como recuerdo de aquella aventura.

Ahora iba a ser algo más que un recuerdo.

Dependía de ella.

Los *bungalows* del motel estaban diseminados por todo el extenso bosque. Con serpenteantes senderos que desembocaban en un camino principal que conducía a la caseta de recepción y entrada al establecimiento.

Shatner no avanzó por aquel camino principal.

Corrió entre árboles y arbustos. Bordeando el terreno que le aproximaba a la explanada de entrada.

Ya sonaban los primeros disparos.

Llegó jadeante.

Casi sin respiración.

El crepitar de los disparos ya más nutrido.

Se detuvo unos instantes, oculto tras un árbol. Desde allí tomó una panorámica de la escena.

Un Buick estacionado junto al porche de la caseta de recepción.

Dos individuos parapetados tras el vehículo.

Wendy y Peter.

Ambos disparaban sus armas sobre uno de los ventanales de la cabaña de recepción. Esporádicamente les respondían al fuego.

Con nula efectividad.

El tercer individuo estaba algo más distante. Junto con Lily. Parapetado tras unos árboles.

También Marty, sin soltar la muñeca izquierda de Lily, disparaba sobre la caseta de recepción.

Barry Shatner avanzó.

Lentamente.

El estruendo de los disparos hizo posible que se aproximara sin que Marty reparara en ello.

Cuatro yardas.

Dos yardas...

El crujir de una rama bajo los pies de Shatner hizo girar la cabeza del individuo. Y palideció al verse encañonado por la Luger.

—Quieto, amigo —dijo Barry Shatner, fríamente—. Un solo movimiento y te vuelo la cabeza.

Marty obedeció.

Quedó inmóvil.

Y Shatner no esperó más. Por temor a que descubriera que el arma era de imitación. De ahí que le descargara el brutal golpe. De abajo arriba. En veloz semicírculo. El cañón golpeó en el rostro del individuo, que se desplomó sin un solo gemido.

Shatner se precipitó sobre la Super-Star.

—¡Oh, Barry...! ¡Eres maravilloso...! ¡Maravilloso...!

—¡Por favor, Lily...! Ahora no es el momento...

La muchacha le besaba una y otra vez.

Aferrada a él.

—Escucha con atención, Lily —dijo Shatner, rechazando a la efusiva y emocionada joven—. Regresa a la cabaña, retira tus cosas y sube al auto. Luego bajas a toda velocidad por el camino principal.

—Lo que tú digas, Barry.

La muchacha se alejó por entre los arbustos.

Justo en el momento en que Wendy, sin duda echando de menos el fuego de su compañero Marty,ladeaba la cabeza.

Descubriendo a Shatner y Lily.

—¡Por todos los...!

La potente exclamación de Wendy fue audible.

Giró con rapidez aferrando con ambas manos su pistola. Presto a disparar.

No lo consiguió.

Barry Shatner se le adelantó.

Con mortífera puntería.

Rememorando sus hazañas de tirador de primera clase durante su servicio militar en los marines.

Wendy saltó acrobáticamente. Acusando el brutal impacto. Abrió los brazos en cruz proyectándose sobre la parte delantera del Buick.

Peter también intentó abatir a Barry Shatner.

Incluso apretó un par de veces el gatillo.

En desventaja.

Estaba al descubierto y Shatner parapetado tras el árbol.

Barry Shatner accionó por segunda vez el disparador de la Super-Star.

El individuo se dobló seguidamente de bruces. Junto a las ruedas traseras del auto.

Desde la caseta de recepción continuaban los disparos espaciados. Una mano asomaba fugaz por uno de los ventanales. Empuñando un revólver que vomitaba fuego sin apuntar a lugar determinado.

—¡Eh, Lorenzo...! ¡Ya basta! —gritó Barry Shatner—. ¡Soy Shatner...! ¡Ya todo ha terminado...!

Llegó el Mustang.

Conducido por Lily.

—¡Barry...! ¿Te encuentras bien?

Shatner se precipitó sobre la portezuela del vehículo.

—¡En marcha, Lily...! ¡Sigue...! ¡Larguémonos cuanto antes de aquí!

CAPÍTULO VIII

Ciudad de México, capital de la República Mexicana, se emplaza al suroeste del Valle de Anáhuac. A dos mil doscientos cuarenta metros de altitud. Alrededor de unos catorce millones de habitantes pueblan sus espaciosas avenidas, bulevares periféricos, barrios residenciales y sus extensas zonas verdes como el Parque Alameda o el majestuoso Bosque de Chapultepec.

La antigua ciudad del pueblo del sol resplandece igualmente en el terreno cultural. Fue en Ciudad de México donde se fundó la primera universidad del Continente y donde se implantó la primera imprenta de América. Museo Anahuacalli, Museo Nacional de Antropología, Museo de Arte Moderno de Chapultepec, Museo de la Ciudad de México... Museos que encierran la historia de México. Desde sus orígenes. Del imperio azteca no han desaparecido sus inmortales huellas. La vieja Tenochtitlan, la Coatlicue, diosa de la Vida y de la Muerte; el Calendario Azteca o Piedra del Sol relatando los mitos e la creación, la Piedra de Tizoz en honor al venerado sol...

Y también la ciudad moderna. Con todos sus tecnicismos e incomodidades. Una ciudad alegre, acogedora, bella...

Avenida Madero y sus famosas joyerías, avenida Juárez con sus tiendas de artesanía y objetos de cuero...

Lily salía de uno de los grandes almacenes de la Zona Rosa.

Colgada del brazo de Shatner.

Sonriendo feliz. Seductora con sus huipiles recién comprado. Un vestido blanco con bordados de flores multicolores.

—Eres un poco soso, Barry. ¿Por qué no has permitido que te comprara la guayabera?

—Prefiero pasar desapercibido.

Lily rió deteniéndose frente a un carrito de helados.

Adquirió uno de fresa.

—Te diré algo, Barry. No puedes ocultar tu condición de agente de la Central Intelligence Agency. Siempre viendo enemigos por doquier. Reconoce conmigo que hemos despistado a esos hombres de la Mafia. Hemos cambiado por dos veces de auto. En Solanas te desembarazaste de tu Mustang y adquirimos un Pontiac y ahora, en Ciudad México, hemos comprado un Ford de segunda mano: no hemos ido al hotel Nuevo Dorado donde tenía habitación reservada, sino que hemos alquilado un *bungalow* en una zona residencial de nueva construcción, casi sin vecinos y...

—Todas las precauciones son pocas, Lily. ¿Cuándo vas a empezar tu trabajo de estudios?

—¡Oh, Barry...! Recién hemos llegado. ¿Qué te ocurre? ¿Tienes ganas de desembarazarte de mí? ¿Te gustaría que regresara a mi país?

Shatner sonrió.

Tomó a la muchacha por los hombros besándola en los labios.

Percibió el sabor a fresa del helado.

—No quiero que te ocurra ningún daño, Lily. No me lo perdonaría jamás. Y estoy asustado. Asustado por mi responsabilidad.

Lily rió divertida.

—¿Asustado...? ¿Tú? No lo creo. Te enfrentaste a unos matones peligrosos con una pistola de fogueo. Eso sólo lo haría un agente de la CIA experimentado y curtido en...

—Yo no soy un agente de la Central Intelligence Agency. Bueno, sí lo soy pero... ¡Maldita sea...! ¡No sé qué hacer! Ignoro si estoy obrando bien o mal. Salimos del motel como alma que lleva el diablo. Sin quedarnos a rendir explicaciones a la policía.

—Eso es lo normal en una agente de la CIA. Jamás dar explicaciones. Máxime si se está actuando en un país extranjero.

—No lo sé..., no lo sé...

—No te preocupes más, Barry. Afirmas conocer bien la Ciudad de México. Llévame a un lugar bonito, luego cenamos un delicioso mole de guajolote, una enchilada...

Shatner rió en sonora carcajada.

—¿Sabes lo que es una mole de guajolote?

—Pavo, ¿no?

—Pavo... y algo más. El mole se prepara con chile de varias clases, cebollas, ajos, ajonjolí, tomates, cacahuates... No es plato apropiado para la cena.

—Dejaré el menú a tu elección. Ahora llévame a bailar, a divertirtos... Quiero olvidar los malos momentos de esta mañana.

Barry Shatner obedeció.

Proporcionó a Lily un electrizante recorrido por los clubs y discotecas más bulliciosos de Ciudad México. Cenaron en un restaurante con mirador. Amenizados por música de mariachis.

Por último, una copa en un nigh-club íntimo. Romántico.

—Barry...

Shatner demoró unos instantes la respuesta.

Quiso primero saborear con un enésimo beso los gordezuelos labios de la muchacha.

—¿Sí, Lily?

—Quiero... quiero que sepas algo... Jamás he sido más feliz que en el día de hoy.

—No digas tonterías, chiquilla. Apuesto que nunca has dejado de ser feliz. Eres la hija de un millonario. Tus deseos, grandes o pequeños, se han hecho siempre realidad.

—Todo eso es cierto. Barry; pero no equivale a felicidad. Estás muy equivocado. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Y mi padre quedó destrozado. En lugar de aferrarse a mí, se volcó en la política.

—Mala compañera.

Lily asintió.

Con leve sonrisa.

—Cierto. La peor que puede encontrar un hombre. Mi padre fue escalando puestos... y olvidándose de mí. Por supuesto que me complacía en todos los caprichos. Y el tenerlo todo fue lo que me hizo odiar a cuantos me rodeaban, a humillar, despreciar...

—Sospecho que no eres justa con tu padre. Tal vez a la muerte de tu madre, él te necesitaba. Y tú no le respondiste.

—¿Qué debía haber hecho?

—Pues... no lo sé. ¿Ayudaste a tu padre? ¿Te interesaste por sus problemas?

—Yo no sé nada de política.

—Ahora debes aprender. Lily. Vas a ser la hija del presidente de tu país. Ayuda a tu padre. Lo necesitará. Puedes incluso proporcionarle consejos.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Tú estás más en contacto con tu pueblo.

La joven sonrió más abiertamente.

—Voy a confesarte algo, Barry. Algo divertido. Si mi padre sale elegido presidente, le diré que rechace toda vinculación con la Central Intelligence Agency. Que no escuche los cantos de sirena de los Estados Unidos.

Shatner correspondió a la sonrisa.

—Oye, Lily..., ¿seguro que no entiendes de política?

Rieron a dúo.

Alegremente.

Minutos más tarde abandonaron el nighth-club.

—Sigamos. Lily.

—Pero... nuestro Ford está ahí.

—Y ahí quedará —dijo Shatner—. Tomaremos un taxi. Alguien puede haber seguido la pista de nuestras sucesivas compras de vehículos.

Caminaron hasta la calzada Melchor Ocampo. En su cruce con la avenida Darwin. Allí detuvieron un taxi que les condujo hasta el Barrio Rosaleda. A la avenida Orillamar. A la altura del *bungalow* número 845.

Descendieron del vehículo caminando hasta el *bungalow* alquilado.

El 771.

Una noche estrellada. Con la luna como majestuoso disco plateado iluminado el negro manto del cielo.

Penetraron en el *bungalow*.

—Voy a telefonar a papá —dijo Lily—. De seguro él lo habrá hecho al Nuevo Dorado. Y estará intranquilo por mi ausencia del hotel.

—¿Te preparo algo de beber?

—Okay. Algún combinado refrescante.

La muchacha pasó al dormitorio mientras que Barry Shatner se introducía en el salón.

La casa estaba magníficamente amueblada. Dotada del máximo

confort.

Barry Shatner preparó el combinado para la joven. El se limitó a un *whisky* con hielo.

Se acomodó en el sofá encendiendo un cigarrillo.

La conversación telefónica de Lily se prolongó durante más de diez minutos.

Cuando la joven apareció en el salón, el brillo de sus negros ojos ágata estaba nublado por lágrimas que difícilmente lograba contener.

—¿Qué ocurre, Lily?

—Mi... mi padre... después de hablar con uno de los criados de la casa logré comunicar con él. Está furioso conmigo. Lleva todo el día telefoneando al Nuevo Dorado. Ha hablado con sus amigos de la Central Intelligence Agency para que me localicen... Parece ser que la CIA también está furiosa contigo por no comunicarte con ellos.

Shatner sacudió la cabeza.

—¿Comunicarme? ¿Cómo diablos puedo hacerlo?

—Agentes de la CIA están en el Nuevo Dorado. Debo ir allí, Barry. Y marchar mañana a primera hora hacia mi país. Hay un avión privado esperándome para que me reúna con mi padre. Mi padre... dice... dice que me necesita. Que me quiere a su lado en estos últimos días de campaña electoral. El va a ser el nuevo presidente.

—Es lógico que te quiera a su lado, Lily. Y debes alegrarte.

—Lo sé, pero... ¡Oh, Barry...!

La muchacha se arrojó en brazos de Shatner.

Sollozando.

—Cálmate, pequeña... ¿Qué te ocurre?

—No quiero separarme de ti, Barry... Yo también necesito ayuda.

—Ya no eres la niña caprichosa, mimada y egoísta de antes, Lily. Has cambiado, ¿no es cierto? Ahora eres toda una mujer.

—Yo no...

—Lucharás junto a tu padre, Lily. Por el bien de tu país. Por la paz y la prosperidad de los tuyos.

—Barry..., tú eres un buen proyectista. Me has hablado de tu trabajo. Mi padre necesitará hombres con ideas renovadoras. Construcciones acordes con la realidad de nuestro tiempo. ¿Por qué

no trabajas para nosotros?

—¿Es una oferta de empleo?

—Te la hace la hija del futuro presidente.

Shatner sonrió.

—De acuerdo, Lily. Habla con tu padre. Detenidamente. Después del nombramiento. Y si entonces son necesarios mis servicios, acudiré.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

—No dudes que te llamaré y...

—Ahora en marcha al Nuevo Dorado —interrumpió Shatner—. Hay que obedecer las órdenes de tu padre.

—Barry..., allí estarán tus compañeros de la CIA... Te separarán de mí... ¿Por qué no nos quedamos aquí hasta mañana?

—No, Lily. Si nos demoramos acudirán ellos y será peor.

—Mencioné esta dirección al criado, pero no a mi padre. Indiqué este domicilio al no localizar a mi padre. El criado me lo preguntó para transmitirlo a mi padre. Luego logré hablar con él. De seguro que no sabe que estamos aquí. Y tampoco la CIA.

—No podemos permanecer aquí, Lily.

—¿Tampoco una hora? —susurró Lily, con sensual mohín—. ¿Sólo una hora?

Barry Shatner volvió a ceder.

Una hora era más que suficiente.

Podían ocurrir muchas cosas.

Demasiadas.

CAPÍTULO IX

El salón en penumbra.

En una oscuridad sólo turbada por la claridad de la luna que se proyectaba sobre la amplia cristalera del ventanal.

Ningún ruido.

Sólo el suspirar de dos cuerpos al unísono.

Y luego el silencio total.

Un placentero y largo silencio.

Dos sombras sobre el sofá. Y la ropa extendida sobre los muebles cercanos, sobre la alfombra, en el suelo...

Los negros ojos de Lily brillaban con fuerza en aquella oscuridad.

Como dos carbones encendidos.

—Lily...

—¿Sí?

—Debemos irnos.

—Lo sé.

Fue Barry Shatner el primero, en incorporarse. En un alarde de fuerza de voluntad, tendió su diestra hacia el interruptor de la lámpara de pie. Próxima al sofá.

No llegó a tirar del cordón.

Se iluminó todo el salón. La artística lámpara del techo y el foco del fondo, junto a la cristalera que comunicaba con el jardín del *bungalow*.

Shatner respingó.

Parpadeando sorprendido.

También Lily, tumbada en el sofá, se incorporó con rapidez quedando sentada en el mueble. Instintivamente cubrió su desnudez atrapando el vestido del suelo y colocándolo sobre su pecho.

Se escucharon unas risas.

—Lástima de cámara fotográfica, Octavio —dijo una voz—. ¡Bonito ejemplo para nuestras hijas!

Eran cuatro individuos los que irrumpieron en el salón.

Tres de ellos armados.

El cuarto jugueteaba con un manojo de llaves.

Este último fue el que comenzó a mover la cabeza de un lado a otro. Con gesto apesadumbrado. Sin apartar sus ojos de Lily.

—Muy cierto, Guzmán. Es triste. La hija del futuro presidente revolcándose como una gata en celo.

—¡Y con un agente de la CIA!

Los cuatro hombres rieron a carcajadas.

Sus edades oscilaban entre los treinta y los cuarenta años. Vestimenta similar. Traje veraniego blanco que contrastaba con el intenso bronceado de sus grasientos rostros.

Dos de los invitados empuñaban una automática Magnum. El tercero una de las temibles Beretta.

Barry Shatner había quedado inmóvil.

Junto a la lámpara de pie.

Con el pantalón en la zurda.

—¿Quiénes son ustedes? —carraspeó Shatner, consciente de su ridícula situación—. ¿Qué quieren?

El individuo de las ganzúas volvió a mover la cabeza chasqueando la lengua.

—Los degenerados hombres USA... Muy lamentable. Ahí le tenemos, muchachos. En paños menores. Pervirtiendo a una jovencita. Elevaré un escrito a sus superiores, Shatner. Lo que ha hecho no es digno de un agente de la Central Intelligence Agency.

—Se equivocan, amigos. Yo no soy agente de la CIA. Y mi nombre es Antonio Gómez, ciudadano mexicano.

—Encima embustero...

—Eso sí es digno de un agente de la CIA —rió el de la Beretta—. ¿No es cierto, Octavio?

—Nosotros le enseñaremos buena educación. Empezaré por las presentaciones. Mis compañeros Guzmán, Ortiz y Eduardo. Yo soy Octavio. No es momento de trucos ni de embustes, Shatner.

—¿Qué quieren?

El llamado Octavio amplió la sonrisa.

—Muy sencillo. Queremos a Lily Mouriz. En cuanto a usted... será un placer eliminarle. La gran ilusión de mi vida ha sido matar a un agente de la CIA. Soñé con ello desde pequeño.

Lily comenzó a vestirse.

Precipitadamente.

Roja como la grana.

—¿Puedo vestirme yo? —interrogó Shatner.

—No, hermano. Quédate así —rió Octavio—. Será más divertido cuando encuentren tu cadáver cosido a balazos. ¡En paños menores!

—¿Quiénes son ustedes? —habló Lily, por primera vez—. ¿Qué quieren de mí?

—Vamos a llevarte con nosotros —dijo Octavio—. Te necesitamos para negociar con tu padre.

—¿Son de la Mafia?

Los cuatro individuos intercambiaron una perpleja mirada.

—No son de la Mafia, Lily —intervino Barry Shatner, con una fingida indiferencia—. Apuesto que son de tu misma nacionalidad. Agentes de tu país destinados en México. Dile a tu padre que seleccione mejor el servicio. Tiene un espía entre los criados. El que se puso al teléfono y le informaste de nuestro paradero aquí en Ciudad México. El que sabía igualmente que estabas con Barry Shatner, agente de la CIA.

—Oscar Losada tiene contactos en todas las...

—¡Calla la boca, imbécil! —gritó Octavio a su compañero.

Shatner sonrió.

Fijando la mirada en el que había pronunciado el nombre de Oscar Losada.

—Debí imaginarlo... Oscar Losada, ¿eh? El candidato sin posibilidades. Sin pretensiones. La comparsa entre los poderosos Alcántara y Mouriz.

—Poco importa que lo sepas —dijo Octavio—. Vas a morir, Shatner. No tendrás ocasión de contemplar el triunfo de Losada. Cierto que era una simple figura decorativa en las elecciones, pero la repentina muerte de Arturo Alcántara ha movido muchos intereses. Determinados grupos apoyan a Losada. Grupos que no desean al honorable Jorge Mouriz como presidente.

—Un chantaje a Mouriz.

—Eso es, Shatner. Jorge Mouriz se retirará de las elecciones. De

no hacerlo, su hija pagará con la vida.

—Eso ya lo hemos oído anteriormente —sonrió Shatner—. ¿Verdad, Lily?

La muchacha no correspondió a la sonrisa.

Estaba pálida.

Asustada.

—En marcha, señorita Mouriz —dijo Octavio, secamente—. En cuanto a usted, Shatner... Va a ser ejecutado.

Ortiz, el de la Beretta, se adelantó.

Apuntando con su mortífera arma a Barry Shatner.

Extendió el brazo derecho con el dedo curvado sobre el gatillo.

—¡Acaba con él! —ordenó Octavio.

* * *

La reacción de la muchacha sorprendió al mismísimo Shatner.

Situándose frente al cañón de la Beretta.

Protegiendo con su cuerpo a Barry Shatner.

—¡Condenada sea! —vociferó Octavio—. ¡No dispaes, Ortiz...!
¡La necesitamos con vida!

Ortiz profirió una soez maldición a la vez que avanzaba hacia la joven. Dispuesto a apartarla con violencia.

Fue Barry Shatner quien lo hizo.

Empujó a Lily para seguidamente abalanzarse sobre Ortiz. Éste había bajado levemente el cañón de la Beretta. Y cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde. Llegó a disparar, pero el proyectil se incrustó en la pared. Desviado por Shatner.

Los dos hombres cayeron al suelo.

—¡El diablo le confunda! —gritó Octavio, llevando si diestra a la funda sobaquera—. ¡Aparta, Ortiz...! Nosotros le...

Una segunda detonación.

Apenas perceptible.

Ortiz tenía doblada la muñeca derecha. Con el cañón de la Beretta hacia su estómago. En esa posición apretó el gatillo.

Fue Guzmán el primero en percatarse de la muerte de su compañero. De ahí que ahora se permitiera el disparar sin contemplaciones. Sin temor a herir a Ortiz.

Sólo fue un intento.

No llegó a apretar el disparador.

Lily le había arrojado un Quijote de bronce que adornaba una de las estanterías del mueble principal del salón.

No hizo perder el conocimiento a Guzmán, pero sí le hizo perder unos instantes preciosos. Dando tiempo a que Barry Shatner se apoderara de la Beretta.

Y comenzó a disparar.

Parapetado con el cadáver de Ortiz.

Octavio inició la macabra danza. Soltó la Magnum girando como una peonza y proyectándose contra una de las paredes. Se desplomó con un balazo en el pecho.

Guzmán y Eduardo dispararon.

Barry Shatner pudo percibir como los impactos golpeaban en el cuerpo de Ortiz.

Respondió al fuego.

El crepitar de los disparos fue ensordecedor. Entremezclado con gritos y maldiciones.

Pronto llegó el silencio. Envuelto en un acre hedor a pólvora, sangre y muerte. Una atmósfera macabra y espeluznante.

Cuatro cadáveres.

Barry Shatner se incorporó.

En paños menores.

Con la humeante Beretta en su diestra.

—Dios mío... Dios mío —repetía una y otra vez Lily.

Contemplando alucinada la escena.

Barry Shatner se aproximó al sofá para retirar su pantalón y la camisa. Comenzó a vestirse con rapidez. Atrapó la chaqueta de una de las sillas.

—¡Pronto, Lily...! Salgamos de aquí... Recoge tu bolso y los objetos personales.

—Sí..., sí...

La muchacha obedeció como un autómata.

Minutos más tarde salían del *bungalow*.

La avenida Orillamar débilmente iluminada. Una zona de reciente construcción. Con la mayoría de los *bungalows* y viviendas aún sin ocupar.

Corrieron por la calzada.

A unas cinco yardas.

La sombra surgió junto a un estacionado Mercury.

—¡Quietos...!

Shatner y Lily se detuvieron en seco.

Un individuo les estaba encañonando.

Barry Shatner le catalogó al momento como compañero de los fiambres que quedaban en el *bungalow*. El hombre que quedó a la espera de acontecimientos.

—¿Qué le ocurre, amigo? —sonrió Shatner, forzadamente—. Tenemos mucha prisa.

—¿De veras? Pues vamos a volver al *bungalow*. Quiero saber qué ha sucedido allí.

Barry Shatner lo había visto en muchas películas.

Siempre le hizo gracia lo infantil del truco.

No obstante, decidió utilizarlo.

No se le ocurría otra cosa.

—¡No dispaes, Lucas! —gritó Shatner.

El individuo ladeó instintivamente la cabeza.

Y Shatner le propinó un salvaje patadón en el bajo vientre. Remató su acción atrapando la cabeza del individuo y golpeándola contra la portezuela del auto: abolló la plancha.

El individuo quedó sin sentido.

—¡Adentro, Lily! —Shatner se introdujo en el auto. Las llaves de contacto estaban colocadas—. ¡Larguémonos...!

EPÍLOGO

Apenas pisar el espacioso *hall* del hotel Nuevo Dorado.

Ni tan siquiera tuvieron tiempo de aproximarse a unos de los mostradores de recepción.

De entre el nutrido grupo de clientes se aproximaron dos individuos. Altos. Atlético. De impecable traje gris.

—Buenas noches, señorita Mouriz —dijo uno de ellos, ignorando deliberadamente a Shatner—. La esperábamos. ¿Quiere acompañarnos, por favor?

—¡Eh, un momento! —exclamó Barry Shatner—. ¿Quiénes son ustedes?

Los dos hombres fulminaron a Shatner con la mirada.

—¿Quiénes somos...? Ahora mismo vas a...

Llegó un tercer individuo.

A grandes zancadas.

—¡Por fin, señorita Mouriz...! Es un placer saludarla. Nos ha tenido muy preocupados. Le ruego disculpe no haberle proporcionado la escolta adecuada. Permítame presentarme... Soy Eli Jewison, de la embajada americana.

Shatner le reconoció.

Eli Jewison, jefe de la CIA en México.

El individuo que le hizo agente de la Central Intelligence Agency prometiéndole los mil dólares mensuales.

—Sígame, por favor. Hay un salón social reservado para nosotros.

Shatner y Lily intercambiaron una divertida mirada.

Ni tan siquiera les había permitido despegar los labios.

El tal Jewison parecía deseoso de apartarse cuanto antes del bullicioso *hall*. Pasaron a un reducido salón social de la planta baja

del Nuevo Dorado.

Allí había otro hombre.

También corrió hacia los recién llegados, pero encarándose con Shatner. Con el rostro congestionado. Con ojos llameantes.

—¿Es usted...? ¿Es usted Barry Shatner?

—Sí, señor.

—¡Maldito sea...! ¡Es usted un inepto...! ¡Nos ha mantenido durante más de veinticuatro horas en jaque...! ¡Se ha comportado como un perfecto estúpido! ¿Por qué no ha establecido contacto con Jewison?

—¿Cómo hacerlo? Ignoraba la forma de...

—Disculpe, señor Wallace —intervino Eli Jewison, con ligero carraspear—. Según sus instrucciones, que seguí al pie de la letra, me limité a enviar el mensaje cifrado. Sin ninguna otra indicación.

—¡Sí, maldita sea...! ¡Lo sé...! Sólo que en aquel entonces se ignoraba lo que iba a ocurrir al candidato Alcántara. Me he desplazado hasta aquí, Shatner. ¡Desde Washington! Obligado por su ineptitud manifiesta.

—Un momento —dijo Lily—. Quiero advertirle...

—Disculpe, señorita Mouriz —interrumpió Buzz Wallach, con firmeza no carente de cordialidad—. Éste es un asunto interno. No intervenga, por favor. Shatner...

—Diga, señor.

—Cierto que no podía comunicarse con Jewison. No consideramos necesario el informarle de la forma de establecer contacto. Poco importaba. Todo hubiera salido bien si se limitara a seguir las instrucciones. ¡Acompañar a la señorita Mouriz!

—Eso es lo que he hecho, señor.

—¡No, maldita sea! —volvió a exclamar Buzz Wallach, fuera de sí—. No pernoctó en Tampico, no asistió a la boda de Isabel Ballesteros, no se registró en el Nuevo Dorado...

—Era necesario tomar precauciones, señor. Así se daba a entender en el mensaje cifrado. Una misión peligrosa que...

Buzz Wallach sacudió la cabeza.

Reaccionó con una burlona carcajada. Coreada por Jewison y los otros dos individuos.

—¿Qué peligros? Es usted un idiota, Shatner. Y añadiré algo más. Desde hoy, desde este mismo momento, deja usted de

colaborar para la CIA.

—¿Habla en serio, señor? —interrogó Shatner, con una sonrisa.

—¡Seguro! Y también dejará de recibir los envíos mensuales. ¡Lárguese...! ¡Fuera...! ¡No quiero verle más!

—¡Ya basta! —gritó Lily, furiosa—. Están cometiendo un grave error. Gracias a Barry Shatner he...

—Por favor, Lily... No lo hagas —interrumpió Shatner—. No digas nada.

Se miraron a los ojos.

Lily empezó a sonreír... y comprender.

—¿No quieres que...?

—No, Lily.

—¿Tiene algo que decirme, señorita Mouriz? —inquirió Buz Wallach.

—Nada. Simplemente despedirme de Barry Shatner. ¿Me permiten?

La muchacha tomó del brazo a Shatner.

Se distanciaron un poco.

—Barry...

—Adiós, Lily.

—No, Barry... Hasta pronto. Te llamaré.

—Y yo acudiré.

Unieron sus labios. Ante la recriminadora mirada de Buzz Wallach, que apretó furioso los puños.

—¿A tu hotel de Tampico?

—Sí, Lily.

—No olvides tu promesa.

—Tampoco tú olvides tu deber, Lily: ayudar a tu padre, colaborar con él por el futuro de tu pueblo.

—Lo haré, Barry. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Lily.

Barry Shatner abandonó el salón. Sin molestarse en dirigir una mirada a los hombres de la CIA.

Al salir a la calle respiró con fuerza. Había perdido una asignación mensual de mil dólares, pero se sentía feliz.

Se sentía libre.

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.